

LA VIDA EN LA PRIMITIVA IGLESIA
SEGÚN
EL LIBRO DE LOS HECHOS

EDITA:

Stichting In de Rechte Straat

Fundación En la Calle Recta

Prins Hendrikweg 4

6721 AD Bennekom

Holland

Fax: +31 318 431395

E-mail: irswartburg@wxs.nl

Website: www.enlacallerecta.com

ISBN 90-803906-6-6

- 2002 -

Ilustración de la cubierta:

© de Banier - Utrecht

LA VIDA EN LA PRIMITIVA IGLESIA
SEGÚN
EL LIBRO DE LOS HECHOS

AUTOR:
Fco. Rodríguez P.

ÍNDICE:

Un nuevo tiempo	6
Cambiamos de opinión y volvámonos a Cristo	9
Un corazón y un alma en Cristo	13
La Palabra es vida, no letra muerta	17
El hombre idóneo: Lleno de fe y Espíritu	20
El plan de Dios con Felipe	23
Yo soy Jesús a quien tú persigues	27
Lo que Dios limpió, no lo llames tú común	30
La Iglesia permanecía en oración	33
El Espíritu es el Organizador y Promotor de la Iglesia	36
Nosotros también somos hombres	39
El testimonio de Dios, no la opinión del hombre	42
Escucha al Espíritu y sigue Su iniciativa	45
Escudriñar las Escrituras base del diálogo	48
Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios	51
El fanatismo de la idolatría	54
La Iglesia es propiedad de Cristo	57
El pecado nos divide, sólo Cristo nos une	60
El Evangelio no es según hombre	64
Escuchar al Señor en cada momento	67
Testigo viviente de la obra de Cristo	70
Profetas del ecumenismo vivo en el Espíritu	73

INTRODUCCIÓN DEL ESCRITOR

Queremos ofrecer a nuestros lectores esta reflexión sobre la vida de la Iglesia que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Lo que más nos mueve a hacer este breve comentario fue, y es, la sencillez y la fuerza con la que se manifiesta en las iglesias de ese tiempo la vida de Cristo y la presencia del Espíritu.

A través de los distintos capítulos vamos respondiendo a una serie de preguntas que muchos nos han formulado sobre las distintas iglesias de nuestro tiempo. Si leemos con calma el libro de los Hechos, nos daremos cuenta que nuestras iglesias han progresado mucho en su organización y formación cultural, pero no se ve con tanta claridad la frescura de la vida de Cristo y la presencia del Espíritu. Esto ha causado muchas divisiones y contradicciones, hasta el punto de seguir caminos muy distintos llevando el mismo nombre de cristianos. ¿Cómo es posible que teniendo la misma información y el mismo camino, que es Cristo, estén nuestros caminos separados?

Lo que pretendemos con la presentación de la vida en la Primitiva Iglesia, es que, unos y otros, reconozcamos que hemos de recuperar esa vida en Cristo y ese poder del Espíritu en cada una de nuestras iglesias. Porque cuanto más nos separemos de esa Iglesia nacida de la Palabra y formada por la Palabra, más nos separaremos unos de los otros, y también de Cristo y Su Palabra.

Muchos ponen como excusa que los tiempos cambian y hay que adaptarse a las nuevas circunstancias. Sin embargo el hombre, como hombre, ante Dios sólo tiene una posibilidad: aceptar a Cristo como su Fiador. Y eso significa que ha muerto a sí mismo con todos sus cambios y circunstancias, para ser ese hombre nuevo en un mundo viejo.

Cuando nos dejamos informar por la vida de las iglesias del primer siglo, descubrimos un ambiente de sencillez y vivencia en amor con la complicidad del Espíritu. Estas iglesias sólo nos manifiestan la vida de Cristo nítida y trasparente, sin otra ley que la del amor que el Espíritu alumbra en sus corazones. Se sienten y se saben libres en espíritu, dispuestos a testimoniar de la vida de Cristo en el mundo, sin ser del mundo.

Francisco Rodríguez P.

UN NUEVO TIEMPO Y UN HOMBRE NUEVO

HECHOS 2

El capítulo dos del libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra en primer lugar que el día de Pentecostés, los que esperaban la promesa del Padre, como el Señor Jesús les había dicho, **“fueron todos llenos del Espíritu Santo”** (v. 4). Aquí comenzaba un nuevo tiempo, el del hombre del Espíritu, que adora al Padre en Espíritu y en Verdad. Este acontecimiento ha quedado para muchos en el baúl de la historia, sin más realidad que una simple conmemoración religiosa. Otros hacen énfasis en las manifestaciones externas que se perciben en el individuo que recibe el Espíritu como garantía de su fe.

Los Apóstoles, ante el asombro de los hombres piadosos y el escepticismo de los sabihondos, confirman que lo sucedido es una confirmación evidente de lo anunciado por los profetas del Señor y Su Hijo Jesucristo. Nada tiene que ver con su estado personal, es el Don de lo Alto que los transforma totalmente en hombres espirituales. Es tal el cambio que se ve en ellos, que los hombres naturales piensan que “están llenos de mosto” (v. 13). “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender.” (1 Corintios 2:14). De ahí que la explicación más lógica que se les ocurre, al ver el cambio realizado por el Espíritu en aquellos hombres que hablaban “las maravillas de Dios” (v. 11), piensen en los efectos del mosto como la causa de su extraño comportamiento.

Pero los apóstoles no se paran ante estas apreciaciones, sino que confirman que lo sucedido no está al margen de las Escrituras del pueblo de Israel, allí está escrito: “Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (v. 17).

Jesús había dicho: “Cuando venga el Consolador, a quien Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, **Él dará testimonio acerca de Mí**” (Juan 15:26).

Aquí vemos, claramente, que lo dicho por Pedro con los otros apóstoles a los que oían sus palabras, es un testimonio sobre la vida y obra de Jesús Nazareno. Confirmando Su muerte y resurrección según “el consejo y anticipado conocimiento de Dios” (v. 23). Y la resurrección de Cristo tampoco es un hecho desconocido para las Escrituras del pueblo de Israel, pues está escrito: “No dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (v. 27).

El mismo Espíritu Santo por boca de todos los que fueron llenos de este Don, dice: **“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”** (v. 32).

El Espíritu Santo que ahora da testimonio en el creyente, es una garantía de la resurrección de Cristo, y de que **“Dios le ha hecho Señor y Cristo”** (v. 36). Y este es un hecho que el Espíritu lo hace presente y actual en el que es de la fe de Jesucristo.

“Varones hermanos, ¿qué haremos?” (v. 37).

Los apóstoles, a la pregunta de estas personas, no les mostraron otro Camino para el perdón de sus pecados que a Jesucristo, ni otra acción santificadora que la del Espíritu Santo. Hubiera sido una ocasión única para ejercer el sacramento de la penitencia, si ellos hubiesen entendido las palabras del Señor, como las entiende, a partir del con-

cilio de Trento, la iglesia romanocatólica. Pero, no, ellos sólo recomendaron a sus oyentes que se arrepintiesen y lavasen sus pecados en la sangre de Cristo; y no les impusieron penitencia alguna, sino que los dejaron bajo la sola acción del Espíritu Santo, con estas palabras: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v. 38).

Ese arrepentimiento para sus oyentes no era otra cosa que cambiar radicalmente de su manera de pensar sobre la persona de Jesús, que hasta ese momento lo habían considerado como un personaje al margen de las Escrituras, cuando Él era la Piedra Angular de las Escrituras, y Señor y Cristo.

Ese era su gran pecado y la causa de sus pecados: habían amado más las tinieblas que la Luz y despreciado a Aquel que es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Una muestra fehaciente del cambio en su manera de pensar es bautizarse en el nombre de Aquel que antes habían menospreciado, y así alcanzar el perdón de todos sus pecados, **“porque de Éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por Su Nombre”**(Hechos 10:43).

Nunca debemos vincular el perdón de nuestros pecados a una actitud nuestra o a un rito religioso de iglesia. Sólo Jesús puede y quiere, si le aceptamos como nuestro personal Salvador, quitar de en medio de nuestro corazón todos nuestros pecados, hacernos un nuevo hombre, el hombre espiritual.

Todos los que el Señor llamare tendrán parte en este perdón, por la propia sangre de Cristo, y en la promesa del Espíritu Santo. Estas son las dos claves fundamentales de todo el plan de salvación de Dios para el hombre nuevo, que adore a Dios en Espíritu y Verdad.

Algunas conclusiones

a. En este capítulo vemos que el Espíritu viene del cielo sin que los allí sentados tengan nada que ver con su llegada, sin embargo se nos dice que todos fueron llenos del Espíritu Santo, y según el Espíritu les daba que hablasen; los que ese día moraban en Jerusalén les oían hablar en sus propias lenguas las maravillas del Señor.

El Espíritu es dado por el Señor a los que son de la fe de Jesucristo. Nadie se puede arrogar poder alguno sobre el Espíritu y mucho menos querer repartirlo entre sus fieles más predilectos. No hay excepciones: **todos fueron llenos del Espíritu Santo.**

Otra cosa muy diferente es que este mismo Espíritu reparta distintos dones. Por eso Pablo dice: “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el Mismo” (1 Corintios 12:4). Nadie se puede creer superior al otro por el don que tenga, eso sería hacer de menos al Espíritu Santo, pues el Espíritu es el Mismo en todos. Por eso sois templos de Dios y el Espíritu de Dios mora en vosotros (1 Corintios 3:6).

b. El Espíritu hace que alabemos con nuestra lengua al Señor y proclamemos día y noche las maravillas de Su gracia, Su perdón y Su infinito Amor en Su

Hijo Jesucristo para que vivamos por Él. Nunca es para que los otros creyentes se maravillen de nosotros. Esto sería dar testimonio del hombre y contrario a las mismas Escrituras.

El Espíritu vino y está para dar testimonio de Jesucristo mostrándonos quién es Jesús para el Padre: Señor y Cristo, Príncipe y Salvador; y qué es para nosotros según la voluntad del Padre: Justificación, santificación y redención.

Pedro y los apóstoles con los que estaban con ellos no dan explicación alguna sobre el Espíritu, sino que el Espíritu mismo da testimonio en ellos de Cristo, conforme a las Escrituras. Por eso no es bíblico parlotear sobre el Espíritu, olvidando que el Espíritu está para dar testimonio de Cristo no de Sí mismo. Su testimonio es hacer real en nosotros la obra redentora de Cristo para que vivamos por Él.

- c. Aquí tenemos un ejemplo que confirma lo dicho. Los que fueron llenos del Espíritu Santo hablan: de las señales y obras que Jesús hizo entre el pueblo; de Su muerte como expiación por todos nuestros pecados; de Su resurrección conforme a las Escrituras; y de Su exaltación a la diestra de Dios, confirmada con la llegada del Espíritu Santo. Y todo esto para que creamos en Jesús como nuestro personal Salvador y seamos salvos, transformados por la acción santificadora del Espíritu Santo en nuevas criaturas, mensajeros del amor, de la paz y de la libertad con la que Cristo nos hizo libres. Nunca permitamos que arranquen de nuestros corazones este testimonio del Espíritu del Cristo viviente en nosotros; y nos lo cambien por normas eclesiales, liturgias o formas de culto religioso que nada tienen que ver con la vida del Espíritu. Jesús mismo nos dice: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63).

Y si la misma carne no aprovecha para nada, ¿qué de provecho podrá sacar el hombre que se prostra ante una imagen de madera, escayola o de otro material? ¿Y cómo van a conocer el testimonio del Espíritu de Vida todos aquellos que inducen a sus fieles a consumir este ejercicio de muerte?

Por eso hagamos como los primeros cristianos: **“Perseveremos en la doctrina de los apóstoles:** que es el testimonio del Espíritu en ellos; **en la comunión unos con otros:** pues el Espíritu es el mismo en todos y no cabe otro ecumenismo; **en el partimiento del pan:** que es Cristo el pan de vida; **y en las oraciones”:** cantando las maravillas del Señor y pidiendo que Él sea el todo en todos. Amén.

CAMBIEMOS DE OPINIÓN Y VOLVÁMONOS A CRISTO

HECHOS 3

“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el Nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (v. 6).

El Señor puede convertir un hecho normal de la vida de dos de sus discípulos, como es el subir al templo a orar, en un hecho para glorificar a Su Hijo Jesucristo resucitado; y presentarlo como Salvador por medio de la fe. Esta presentación no viene precedida de grandes inversiones de oro y plata, antes al contrario Pedro y Juan como portadores de esa fe reconocen que no tienen ni oro ni plata, que era lo que les pedía aquel hombre cojo de nacimiento, que desde hacía más de cuarenta años mendigaba a la puerta del templo. Este hombre inválido se había acostumbrado a ver el templo de Dios como su lugar de mendicidad en vez de casa de oración. Hasta que llegan estos dos discípulos de Jesús y por la fe en el Nombre de Jesús le arrancan de la puerta de la mendicidad y puede entrar en el templo de Dios: andando, saltando y alabando a Dios (v. 8).

Pedro estaba tan convencido de que no tenía: oro y plata, como de lo que tenía: la fe en el Nombre de Jesús. Él no pudo dar al mendigo lo que le pedía, porque no lo tenía, pero le da algo infinitamente más grande, que era la manifestación del poder de Cristo resucitado, que cambiará radicalmente la vida de ese hombre. Éste hasta ese momento sólo había vivido para la limosna de los hombres, pero ahora conoce el poder de Dios por la fe en Jesucristo, y eso le hace saltar de gozo y alabar a Dios. Sus ojos han dejado de mirar a las manos limosneras de los hombres, y ha vuelto sus ojos al Resucitado, Autor de la vida y de su sanidad. Sólo el Autor de la vida nos hará vivir con plenitud de gozo y alegría en alabanza a nuestro Dios. Los hombres sólo nos pueden ofrecer una mísera limosna, que nos mantendrá postrados en la tristeza y amargura de nuestra propia incapacidad. Pongamos los ojos en el Autor y consumidor de la fe, Jesús; y seamos capaces de decir a todo hombre que se ve postrado en sí mismo: “Lo que tengo te doy; en el Nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda”. Pero para dar hay que tener fe en Jesús, no quieras dar lo que no tienes, porque sino sólo serás un limosnero religioso.

Por eso podemos comprender el “asombro y espanto” (v. 10) de todos aquellos que, por costumbre de ir al templo de Dios, conocían a aquel hombre cojo que pedía limosna. Estos no tenían más que la costumbre de ir al templo y se creían justificados con sus limosnas, pero carecían de toda fe en el Nombre de Jesús. Por eso Pedro tiene que preguntarles:

“¿Por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?” (v. 12).

No había mucha diferencia entre el hombre cojo y mendigo, y estos hombres religiosos que deambulaban por el templo. Aquel ponía los ojos en Pedro y Juan para pedir una limosna; éstos para buscar en ellos el “poder y la piedad” que les tenía atónitos. Ambos mendigaban del hombre, no ponían los ojos en el Autor de la fe. Pedro les

tiene que reprender diciendo que ni su poder ni su piedad tienen nada que ver con la sanidad de aquel hombre.

“El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ha glorificado a Su Hijo Jesús” (v. 13).

Qué lejos estaban estos hombres del conocimiento de su Dios. Desconocían por completo al Dios de quien se decían pueblo, hasta tal punto que buscaban en unos hombres como Pedro y Juan el poder y la piedad que sólo vienen de Dios. Ellos querían glorificar a unos hombres, por la obra que Dios había realizado en un hombre cojo para glorificar a Su Hijo. Los discípulos fieles a la fe de su Maestro no permiten tal adulteración de la obra de Dios. Para estas gentes que visitaban el templo les era imposible comprender la obra de Dios. Ellos en su propia religiosidad habían “entregado y negado” (v. 13) a Jesús. ¿Cómo ahora podrían entender que Dios mismo glorificaba a Jesús?

“Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo... y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos” (v. 14-15).

Pedro como fiel discípulo no permite que pongan los ojos en su persona, ni en su poder ni en su piedad, sólo quiere que sus conciudadanos pongan los ojos en el “Santo y Justo, el Autor de la vida”, a Éste han de glorificar y honrar. ¿Pero cómo van a poder honrar a Jesús como Justo y Santo, si todos ellos habían preferido a un homicida ante el tribunal de Pilato? Estas palabras: “Jesús el Santo y el Justo”, en los labios de Pedro han tenido que sonar como un trueno estrepitoso en los oídos de aquellos oyentes, pero el estallido que ha tenido que estremecer sus propios corazones fue al oír: “vosotros matasteis al Autor de la vida”. Pedro no deja espacio alguno para la confusión. Jesús es el Autor de la vida y de la sanidad de aquel hombre. Así el Padre da testimonio del Hijo Resucitado, “de lo cual somos testigos”, dice Pedro. El Santo, el Justo, el Autor de la vida, son términos que el Espíritu utiliza por boca de Pedro, para presentar a Jesús como el personaje central en este hecho y de la vida de la iglesia.

“Y por la fe en Su Nombre...; la fe que es por Él ha dado a éste esta completa sanidad...” (v. 16).

Pedro reitera una vez más, ni mi poder ni mi piedad, sino **la fe que es por Jesús** ha sanado a éste hombre. Pedro le descubre a sus oyentes la clave que daba respuesta a su “asombro y espanto”, esta no es otra que **la fe en Jesús**.

Era la misma apelación que Jesús hacía siempre a sus oyentes: “El que cree en Mí...” Ahora se confirmaba la verdad de Su Palabra y la realidad de Su resurrección. Los mismos oyentes lo podían ver y contemplar en aquel hombre que ellos conocían y habían visto tantas veces a la puerta del templo. Su sanidad confirmaba lo que antes había sido anunciado por boca de “todos los profetas” (v. 18), y que ellos habían negado que se cumpliese en Cristo.

“Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (v. 19).
¿Arrepentirse (cambiar de opinión) de qué?: De que negasteis al Santo y al Justo,

y en su lugar pedisteis que se os diera un homicida en el juicio ante Pilato, y por las manos de gentiles matasteis al Autor de la vida, pero Dios le resucitó de entre los muertos. Esto no tenía que ser desconocido para vosotros, pues por boca de sus profetas el Señor había anunciado a Su Cristo: “Mas Él herido fue por vuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados... Mas el Señor cargó en Él, el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:5-6). Arrepíentete (cambia de opinión), pues tus pecados han sido causantes de la muerte de Cristo. Si no te sientes pecador, pregunta a ver por qué está Cristo en la cruz del Gólgota. Esa es la firma de tu propia culpabilidad y al mismo tiempo del perdón total de Dios para ti.

¿Convertirse (volverse) a Quién?: Al Santo y al Justo, al Autor de la vida y de la fe. A Aquel que fue herido por tus rebeliones para con Dios, y fue molido por tus pecados para ser pan de vida para ti, y Dios cargó sobre Él todos tus pecados no teniéndote en cuenta NADA a ti; por Él estás en paz con Dios y tienes entrada por un mismo Espíritu al Padre (Efesios 2:18). Tal vez nuestro propio lenguaje religioso nos haya ocultado el verdadero significado de estas dos palabras en su sentido original: arrepentirse y convertirse.

El griego utiliza el verbo “metanoéo” que en su sentido más estricto significa: **cam**biar de opinión, y “epistréfo” que significa: **volverse**.

El arrepentirse y convertirse es un cambiar de opinión y volverse a Cristo. Nunca con tu propia opinión y volviéndote a ti mismo o a la propia religión serán borrados tus propios pecados. La Palabra de Dios nos muestra Su opinión sobre nuestra propia salvación y hacia Quien debemos volver nuestra mente y corazón. Tenemos que cambiar nuestra opinión por la Palabra de Dios y volvernos a Cristo, único Camino para ir al Padre, negándonos a nosotros mismos con todas nuestras connotaciones religiosas.

“Para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio (descanso), y Él envíe a Jesucristo... a quien es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas” (v. 19b-21).

Lo único que nos puede cerrar la puerta para entrar a ese reposo es la propia incredulidad. Como dice la Palabra de Dios: “¿Y a quien juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad...Pero los que hemos creído entramos en Su reposo” (Hebreos 3:18-19; 4:3). Por medio de la fe en Su Nombre somos descargados de nuestros pecados y entramos en Su reposo, para que el Espíritu Santo haga realidad en nosotros sus frutos: amor, gozo, paz, paciencia etc. (Gálatas 5:22).

Pues la misma Palabra de Dios nos confirma que: “El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de la suyas” (Hebreos 4:10).

Sólo el que vive en incredulidad estará falto de reposo, porque piensa llegar a alcanzar ese reposo por sus propias obras. Pero nadie entrará por sus propias obras en el reposo que se nos anuncia, sino por la fe en Su Nombre. Jesús mismo dice: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado” (Juan 6:29).

Aquí nos encontramos con toda una historia de hombres que han querido y quieren entrar, en el “reposo” que Dios da, por sus propias obras, contradiciendo “todos los profetas desde Samuel en adelante” (v. 24), sin excluir a Moisés que dice: “Toda alma

que no oiga a aquel profeta (Jesús), será desarraigada del pueblo” (v. 23).

No sigas tu propia opinión ni la de esos hombres, cambia de opinión (arrepíentete) y acepta la opinión de Dios que te presenta en Su Palabra, que el hombre es justificado por la fe en Jesucristo. No te vuelvas a los hombres o a sus doctrinas, vuélvete (convierte) a Jesús, porque a Éste ha señalado Dios el Padre como nuestro perfecto Salvador.

Reflexión de un católico:

Cómo es posible que los papas escudriñen en el “poder y en la piedad” de los hombres o mujeres que desean canonizar (declarar santos), cuando el mismísimo Pedro, según ellos el primer papa, ha rechazado esos atributos ante sus conciudadanos, señalando como Santo, Justo y Autor de la vida a Jesús; y Dios ha glorificado a Su Hijo, no a Pedro o a Juan.

¿Por qué los papas, después de siglos, glorifican a Pedro, a Juan o a cuantos se les antoja, poniéndolos sobre los altares?

Una somera lectura de la Palabra de Dios hecha por tierra todo este contubernio de “santos y santas” de Roma. Es como si Roma no tuviese suficiente con el Santo, el Justo y Autor de la vida para su propia salvación y la de todos sus fieles. Lo que sucede es que cuando se canoniza un “santo” se glorifica la propia institución eclesiástica romana y al mismo papa que se arroga la potestad de declarar “santos” a algunos. Qué pasa, ¿es que el papa de hoy tiene más conocimiento de la “verdad”, que Pedro o los otros apóstoles, que mandaban poner los ojos en Jesús, el Autor de la fe, y no en hombre alguno? ¿No están todos estos canonizadores de “santos”, poniendo los ojos en el hombre, como hacían aquellos contemporáneos de Pedro, pensando que era su poder y piedad, los que habían sanado a aquel cojo de nacimiento?

Pero ¿por qué lo hacían? Porque habían negado al Santo y al Justo. Por lo cual Roma ha de cambiar de opinión y volverse a Jesús.

UN CORAZÓN Y UN ALMA EN CRISTO

HECHOS 4

“No hay otro NOMBRE bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (v. 12).

La clave de todo este capítulo es el NOMBRE de Jesús. Esta es la gran incógnita que buscaban despejar los sacerdotes y los ancianos de Israel. Para ello interrogan a dos hombres sencillos y sin letras, llamados Pedro y Juan, discípulos de Jesús de Nazaret. Estos “enseñaban al pueblo y anunciaban en Jesús la resurrección de entre los muertos” (v. 2). Según la tradición del pueblo, custodiada por los sacerdotes, los únicos que estaban capacitados y formados para la enseñanza del pueblo, eran los escribas. Por tanto estos dos discípulos, Pedro y Juan, no tenían ni la autoridad ni la preparación que exigían los sacerdotes para ser maestros en Israel. Por eso preguntan:

“¿Con qué potestad o en que nombre, habéis hecho vosotros esto?” (v. 7).

Más que una pregunta es una acusación, por salirse de la estructura religiosa que la clase dominante sacerdotal había impuesto, con la que bloqueaban toda iniciativa que no estuviese controlada por ellos; hasta tal punto que se hacían incapaces de percibir el mensaje de su Dios, a quien decían representar.

Su gran formación sobre la historia de su pueblo y la ley les impedía ver que unos hombres sencillos pudiesen enseñar al pueblo, al que ellos tenían esclavizado a sus propias leyes y tradiciones de hombres; y menos aún que anunciaran en Jesús la resurrección de entre los muertos. Esta era una cuestión que entre los mismos maestros de Israel causaba profundas divisiones. Pero los discípulos de Jesús no se apoyaban, ni en su preparación, ni en su poder, sino en la fe en el Nombre que es sobre todo nombre, Jesús. Por eso en ellos se cumplen las promesas de Jesús, cuando dice: “No os preocupéis por cómo o qué hablaréis... porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mateo 10:19-20).

“Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:...Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos.... (v. 8, 10).

Aquí Pedro con toda sencillez y claridad, sin preocuparse de cómo o de qué hablar, deja que el Espíritu mismo manifieste de quien es el poder y la autoridad, que tiene sorprendidos a los gobernantes de Israel. Para éstos era incomprensible que el nombre de Jesús de Nazaret tuviese algo que ver, porque ellos mismos le habían crucificado. No podía ser que su gran sabiduría y el gran celo que tenían por las tradiciones de sus padres, les situaran en el lado opuesto de su Dios. Pero ahora el Espíritu por boca de un hombre sin letras les dice que Dios resucitó de los muertos a Jesús. ¿Cómo es posible que los edificadores del pueblo de Dios estuviesen tan ciegos para desechar la piedra angular, la piedra más preciosa y fundamental en el plan de salvación del Dios de Israel? Pero la claridad con la que habla el Espíritu deja fuera de toda duda, lo equivocado que estaban los edificadores (sacerdotes, escribas y ancianos) de Israel.

Tienen que venir unos hombres del “vulgo y sin letras” (v. 13) llenos del Espíritu, para decirles: “Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza de ángulo” (v. 11). Hoy, una vez más, la historia se repite, y hay muchos que están reprobando a Jesús como la piedra angular de nuestra propia salvación. Apoyados como los sacerdotes del antiguo pacto en su propia sabiduría y tradiciones, tratan de edificar sobre otras piedras para la salvación de las gentes. Por eso es apremiante escuchar el grito del Espíritu en Su Palabra:

“En ningún otro hay salvación; porque no hay otro NOMBRE bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (v. 12).

¿Por qué, entonces, se les enseña a las gentes que hay otros nombres, negando así la contundente afirmación del Espíritu y haciendo de menos al único NOMBRE de nuestra salvación?

Pero no nos engañemos, Dios, el Padre, nos ha dado salvación en el NOMBRE DE JESÚS, y en ningún otro. Esta salvación es suficiente y total para todo pecador que quiera reconocer a Jesús como su único y perfecto Salvador, dado por Dios. Ahora bien, todos aquellos que nos ofrecen salvación en otros nombres, no pueden enseñar conforme a la Palabra de Dios, sino según sus propias tradiciones o filosofías humanas. Éstos han preferido seguir el camino de la sabiduría humana y sus tradiciones que el de la fe en las promesas de Dios, hechas realidad en Su Hijo Jesús.

Es de urgente necesidad en la vida de todo el que se llame cristiano y en la vida de toda iglesia, y para todo el que quiera ser salvo, aceptar sin titubeos, como la iglesia apostólica, que: **SOLO CRISTO SALVA**. Dios no dio ningún otro nombre para salvar al hombre, ni en el cielo ni bajo el cielo, sino Su unigénito Hijo Jesucristo. Los que nos dan otros nombres para llegar a ser salvos, como santos y vírgenes, están contradiciendo al Espíritu de Dios. Por eso es necesario que respondamos a todo aquel que nos quiera apartar del Único Nombre en que podemos ser salvos, con las mismas palabras de Pedro y Juan:

“Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (v. 19).

Los sacerdotes y los escribas no se dieron por enterados del gran mensaje que Dios ponía de nuevo ante sus ojos. Aunque no podían negar la realidad de los hechos (v. 16), sin embargo coaccionan a los discípulos, para que no hablen “a hombre alguno en este nombre” (v. 17). Hasta tal punto puede llegar la ceguera del hombre religioso que, pensando hablar en nombre de Dios, impida a los hombres acercarse a la única fuente de salvación y de vida eterna que Dios mismo ha dado a los hombres. La respuesta del creyente que ha gustado del Espíritu de vida, ha de ser contundente y definitiva: No hay magisterio, ni estructura eclesiástica, ni autoridad que pueda pedir, le obedezca antes que a Dios. Algunos para no hacer violencia a las Escrituras tratan de identificar lo que ellos dicen con lo que dicen las Escrituras. Es tal su arrogancia que nadie puede opinar de las Escrituras si no es conforme a su magisterio eclesiástico. Si Pedro y Juan hubiesen hecho caso a este consejo de los antiguos sacerdotes, se hubiese ocultado al mundo el único NOMBRE en el que los hombres tenemos salvación. Por eso sigue siendo válida la pregunta de Pedro y Juan: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios”.

“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (v. 20).

Pienso que este es el gran argumento, ante los que nos quieren imponer la ley del silencio religioso. Lo que hemos visto que Dios ha hecho en nuestra propia vida por medio de la fe en Jesucristo, perdonando todos nuestros pecados y dándonos vida eterna y confirmando en nuestras vidas que Jesús es el único NOMBRE por el cual nos es dada salvación. Muchos se sienten escandalizados por ese cambio total que la gracia de Dios ha obrado en nosotros. No aciertan a explicar ese milagro de la gracia de Dios por la fe en Jesucristo. Recurren a la descalificación personal, cambiando las palabras que los sacerdotes y los escribas de Israel usaban con Pedro y Juan de “hombres del vulgo y sin letras”, por las más inquisitoriales: “heréticos y sectarios”. Claro está, al ser condiscípulos suyos no nos pueden tratar como “sin letras y del vulgo”, porque eso sería descalificarse también a sí mismo. Usan la medida de la obediencia a sus propios dogmas para etiquetar a los demás, pero olvidan que no es justo obedecer a los hombres antes que a Dios, ni silenciar la obra de Dios para alabar la obra religiosa del hombre.

“Ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen Tu Palabra” (v. 29).

La actitud de la iglesia primitiva al ser informada de la agresividad de los dirigentes religiosos de su pueblo, no es una actitud agresiva o de reproche, antes bien se unen en oración de fe, sabedores de que el Dios que hizo el cielo y la tierra, había determinado antes todo lo que le sucedió a Su Santo Hijo Jesús, y nada les sucedería a ellos que no estuviese permitido por su Dios. La gran preocupación de estos creyentes es proclamar la Palabra de Dios. Por eso oran para que las circunstancias adversas no los intimiden y se cohiban a la hora de manifestar el mensaje de salvación en el NOMBRE de JESÚS. También vemos que la respuesta a esa oración sincera, que siempre busca la gloria de Dios en Su Hijo Jesucristo, no se hace esperar, “y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la Palabra de Dios” (v. 31). Nos llama la atención que llenos del Espíritu Santo **“hablaban con denuedo la Palabra de Dios”**, no sus propias palabras.

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma” (v. 32).

Sus corazones estaban unidos por el mismo AMOR y sus almas unidas con el mismo Espíritu. Así sus vidas eran un testimonio viviente de la resurrección del Señor Jesús y de la reconciliación del hombre con Dios por medio de Su Hijo Jesucristo. Esta era la gran incógnita que los dirigentes de Israel no acertaron a despejar. Hoy también hay muchos que quieren sustituir la unidad del AMOR, que brota del Gólgota, por la sumisión a unos dogmas; y la unción del Espíritu por la obediencia a un mismo magisterio eclesiástico. Esto, a lo máximo, sólo puede producir una unidad externa religiosa, pero nunca serán “un corazón y un alma”, ni tampoco serán testimonio de la resurrección y de la reconciliación.

La salvación en Cristo es una realidad que uno ve en sí mismo por medio de la fe, y escucha del Espíritu que las promesas de la Palabra de Dios también son tuyas. Y así, como Pedro y Juan, no podrá dejar de decir lo que ha “visto y oído”.

CONCLUSIONES:

- a. El único nombre en el que el hombre puede salvarse, es en el **NOMBRE** de Jesucristo.
- b. En ningún otro nombre hay salvación para el hombre (ya sea nombre de santo o de virgen, de hombre o de mujer).
- c. El Espíritu en el creyente siempre da testimonio de Jesucristo, nunca de Sí mismo.
- d. Los primeros cristianos eran testimonios vivientes por el Espíritu de la resurrección de Cristo, y de “la gracia que era sobre todos ellos” (v. 33).
- e. La oración de fe es la esencia misma de la vida del creyente con el Padre en el cotidiano caminar en Cristo.
- f. El **AMOR** y el Espíritu hacen que los creyentes en Jesucristo sean un corazón y un alma.

Preguntas con la Palabra de Dios:

1. ¿Por qué hay muchos que se llaman edificadores del cristianismo y rechazan a Jesucristo como la piedra principal, escogida y preciosa, y se ponen ellos en su lugar?
2. ¿Por qué hay iglesias que cambian: “En ningún otro nombre hay salvación” (v. 12); por otra frase: “fuera de nuestra iglesia no hay salvación”?
3. ¿Por qué hay iglesias que recomiendan otros nombres de hombres y mujeres, y sobre todo el de la Virgen María, para poder ser salvos? ¿No es ésto una negación frontal del **NOMBRE** de **JESÚS**, como el único nombre dado por Dios para que “podamos ser salvos” (v. 12)?

LA PALABRA ES VIDA NO LETRA MUERTA

HECHOS 5

“Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida” (v.20).

Los sacerdotes y los dirigentes de Israel que se sentían poseedores de tener la exclusiva para enseñar y predicar al pueblo los caminos del Señor, no pueden admitir que unos intrusos del vulgo y sin letras le hagan la competencia anunciando a Israel la salvación en el Nombre de Jesús. Como dueños de la situación y del pensamiento utilizan todos los medios a su alcance para acallar las voces que Dios levanta para confirmar su Voluntad de salvación para todo hombre. No dudan en meter en la cárcel a los portadores de ese mensaje salvador y liberador de Jesús. Pero para “las palabras de esta vida” (la Palabra de Vida), no hay muro ni cierre que la pueda encadenar. El Señor tiene todos los medios en Sus manos para apartar todo obstáculo que pretenda encadenar la Palabra de vida. Incluso no hay corazón que, por muy encadenado que esté por todas las cosas o personas de este mundo, no pueda ser liberado de sus cadenas por esta Palabra de vida; ni hay mente que por muy entenebrecida que esté en las más densas tinieblas, no pueda ser iluminada por la Luz de esta Palabra de Vida. Estos sacerdotes de Israel, se diría que intentaban ponerle puertas al viento, y quizá esta sea la imagen más adecuada para expresar su actitud, pues en los discípulos de Jesús soplabla el viento divino del Espíritu de Dios, que nadie puede detener ni encarcelar, y mucho menos dominar. La apacibilidad del viento se nos hace a veces imperceptible, pero no por eso deja de ser vital para nuestra propia existencia, pues su ausencia es muerte. Así es también la acción del Espíritu en el hombre de fe, aunque resulte a veces imperceptible, no obstante es esencial para que esta Palabra sea vida y no letra muerta como en muchos de los sacerdotes del pueblo de Israel. Cuando una persona religiosa, conocedora de las Escrituras, pretende por todos los medios que le da su poder o autoridad: perseguir, encarcelar e incluso matar a los que no piensan como ella, para esta persona la Palabra es letra muerta. No vive en el clima apacible del Espíritu que tiene como fruto principal el Amor, en este clima las plantas de la persecución y de la muerte no crecen; e incluso las plantas de mentira con apariencia de piedad son arrancadas de cuajo como nos lo muestran los once primeros versículos de este capítulo en las personas de Ananías y Safira. El veredicto de esta decisión está fundado en que: “mentisteis al Espíritu” (v. 3).

“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (v. 29).

La recomendación más encarecida que les habían hecho los sacerdotes a los apóstoles era que no enseñasen en el NOMBRE de Jesús (v. 28). Pero Dios les había dicho: “Id, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida”. Y como leemos en Juan 1:4: “En Él (en el Nombre de Jesús) estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres”. Así de engeguedidos podemos estar los hombres cuando no obedecemos a Dios antes que a los hombres. Estos por lo general se nos presentan como representantes de Dios, y nos lo quieren hacer creer con toda clase de argumentaciones bíblicas e históricas

según su propia manera de pensar. Pero Dios ha enviado a Su Hijo Jesús, no para que le represente uno o unos cuantos, sino **“para que vivamos por Él”** (1 Juan 4:9). Porque sólo en Él está la vida, y sólo Él es la Luz de los hombres. La representación es una forma teatral, mímica de una vida imaginada, pero los que creen en Cristo viven Su vida y andan en Su Luz. No necesitan un representante de Aquel que está en ellos, eso sería una negación de Cristo mismo.

Esto en cierta manera era lo que los sacerdotes querían que hiciesen los apóstoles de Jesús. Pero ellos con toda firmeza responden:

“A Éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (v. 31).

Los apóstoles no hablaban desde su filosofía o sapiencia personal, sino como testigos vivientes, portadores del arrepentimiento y del perdón de pecados dado por Dios en Cristo Jesús. Ellos eran los primeros beneficiarios de este don inmenso de Dios. Y también el Espíritu confirmaba en ellos la certeza total del perdón de Dios. Además se nos advierte que Dios da el Espíritu a los que le obedecen (v. 32); aunque sea preciso desobedecer a los que se dicen representantes de Dios, como eran los sacerdotes de Israel, ya que ellos eran los desobedientes al plan de salvación de Dios. No entra en sus tradiciones ni en sus dogmas que Dios diese al hombre arrepentimiento y perdón de pecados por medio de Su Hijo Jesús, a quien ellos habían colgado de un madero (v. 30). Hoy también hay muchos que siguen esa misma doctrina y rechazan que Dios haya dado perdón al hombre de todos sus pecados por medio de la sola fe en Jesús como único Salvador. Los hombres siempre pretenden que obedezcamos sus tradiciones y doctrinas, sobre todo si se creen poseedores de la verdad, y máxime cuando se sienten representantes del mismo Dios. Pero olvidan que Dios Mismo exaltó con su diestra a Jesús como Príncipe y Salvador. Y a Éste es al único que nos pide Dios que oigamos: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a Él oíd” (Mateo 17:5). Los hombres religiosos nos presentan una doctrina con planes y medios para salvarnos. Pero Dios nos da a una Persona, a Su Hijo unigénito como Salvador. La salvación no se gana con planes o métodos, sino que nos es dada personalmente por Cristo cuando le aceptamos. “Más a todos los que le recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

“Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del NOMBRE” (v. 41)

Los apóstoles después de haber sido comparados con los personajes más perversos de la vida políticoreligiosa de aquellos tiempos, como Teudas y Judas galileo, les azotan y les prohíben hablar en el Nombre de Jesús. Lo que no tiene duda es la falta total de justicia en los hombres del sanedrín, porque no practican la justicia sino la intimidación autoritaria para preservar su forma de vida religiosa, aunque esta contradiga lo profetizado para su tiempo. Otra actitud que sorprende en estos sacerdotes es la arrogancia de atreverse a prohibir que los apóstoles hablen en el Nombre de Jesús. Esta actitud sólo la pueden tener aquellos que se ponen en lugar de Dios y desconocen totalmente quien es Jesús, el Hijo de Dios. No en vano nos habló Jesús de tal actitud en la parábola de la viña y los labradores malvados, cuando dicen: “Éste es el here-

dero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad” (Mateo 21:38). No se sienten obreros de la viña del Señor, sino propietarios usurpadores que a despecho no reconocen el Nombre que es sobre todo nombre. Pues ellos mismos se hicieron los dueños y señores de la “salvación”: enseñando los nombres que hay que invocar, los medios que se han de utilizar y la autoridad religiosa a la que se ha de escuchar. Nos podía parecer que todo esto produciría en los apóstoles una gran frustración y decepción, pero no, antes al contrario, se sienten “gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del NOMBRE” (v. 41). Esta actitud positiva de los apóstoles ha de ser siempre un aliciente para los hombres de fe que aceptan su salvación personal sólo en el NOMBRE de Jesús. Las tribulaciones, persecuciones y desprecios por anunciar y vivir la salvación en el NOMBRE de Jesús, nunca ha de ser un motivo de tristeza o de angustia, sino un motivo de gozo por tenernos el Señor “por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre que es sobre todo nombre”. Y esto no es una desgracia sino un gran honor del que participan aquellos que se sienten lavados y reconciliados en la sangre del Príncipe y Salvador, Jesús.

EL HOMBRE IDÓNEO LLENO DE FE Y ESPÍRITU

HECHOS 6-7

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”
(v. 3).

Este capítulo nos presenta uno de los problemas de la naciente iglesia de Jerusalén. El hecho se origina con las críticas hechas por los hermanos que tenían el griego como su lengua común, en contra de la actitud descuidada que observaban con sus viudas los que hablaban hebreo. Cuando se habla aquí de griegos y hebreos, se está hablando de cristianos judíos. Esta disensión, no nacida del idioma sino de la manera de proceder con las necesidades de las creyentes viudas, hace que los apóstoles tengan que intervenir para buscar una solución con el conjunto de los discípulos. Estaba claro que los apóstoles reconocían para sí, como primer deber, el predicar la Palabra de Dios, por eso intentan que los demás discípulos colaboren en el buen orden de la iglesia y no se den esos descuidos que dejaban en mal lugar a las viudas desprotegidas. Para ese trabajo han de buscar entre los discípulos mismos a siete hermanos de buen testimonio, y llenos del Espíritu y de sabiduría. Los miembros de la iglesia estaban capacitados para discernir quienes, en verdad, estaban llenos del Espíritu Santo. No era una prerrogativa de unos pocos, que ni siquiera los apóstoles reclamaron nunca para sí, como hoy algunos nos quieren hacer creer. El que busca y elige a esos hermanos, es el conjunto de la comunidad eclesial local, no una jerarquía privilegiada. La cualidad esencial que prima en esa elección es “el estar lleno del Espíritu Santo y de sabiduría”. Con el tiempo muchos han invertido los términos y han puesto como primera cualidad y condición la preparación intelectual, que erróneamente confunden con la sabiduría a la que aquí se alude. Pero en este capítulo la sabiduría no provenía de una preparación doctrinal sino que es la misma sabiduría que da el Espíritu. Aquí el autor de la sabiduría es el Espíritu, no el hombre que se hace sabio.

En la elección de uno de ellos, Esteban, se hace referencia a él, como un “varón lleno de fe y del Espíritu Santo”. Este era el hombre idóneo para servir en el trabajo que estaba reclamando la comunidad de creyentes. Ese estar lleno de fe y del Espíritu Santo, es lo que hace a un miembro de esa comunidad apto para su ministerio. Si en la elección de alguien en la iglesia no se hace en base a la medida de la fe y de la plenitud del Espíritu, esa iglesia entrará en la senda de la letra muerta de la Escritura, que sin duda le conducirá a la fanática religiosidad. Aquí podemos encontrar la raíz de muchos males que aquejan a nuestras iglesias. Hemos dejado de buscar a hombres de fe y llenos del Espíritu Santo, y nos hemos quedado con los títulos académicos que ellos nos presentan para un servicio determinado. No estaría mal que volviésemos a buscar a hombres de fe y llenos del Espíritu, que tampoco tienen que estar reñidos con una buena preparación académica. Pero a la hora de elegir siempre tiene que primar el hombre de fe y lleno del Espíritu Santo. Porque el Espíritu siempre le dará palabras y tal sabiduría que nadie podrá resistir, pero el hombre académico por sí mismo nunca podrá percibir las cosas que son del Espíritu ni las podrá entender.

“Pero no podían resistir la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (v. 10).

El Espíritu nos confirma que la elección hecha por los hermanos sobre Esteban era acertada, ya que en él se revelaba la sabiduría del Espíritu, ante la cual nada pueden hacer los hombres de la sinagoga. Pero el hombre natural religioso se refugia en la mentira y el engaño para contrarrestar su derrota ante la sabiduría del Espíritu. Ponen palabras de mentira en la boca de hombres impíos para acusar a los que hablan bajo el poder del Espíritu. Mas la sabiduría del Espíritu no se debilita con las falsas argucias de los mentirosos, y Él prende en sus mismas redes a los que le contradicen. Este es el caso que nos muestra el capítulo siete. Todas las acusaciones que los adversarios de Esteban llevan ante el tribunal del sumo sacerdote, el testimonio de su propia historia se vuelve en su propia contra.

La acusación se concretaba en que le habían oído decir a Esteban palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios, y que ese Jesús de Nazaret destruirá este templo.

El juez pregunta (el sumo sacerdote):

“¿Es esto así?” (v. 1).

Eso era lo que aquellos hombres sobornados dijeron haber oído, pero que en nada coincidía con la versión histórica que da Esteban. Su hablar del Dios de la gloria y de los hombres que recibieron sus promesas, no tiene la más mínima sombra de contradicción ni falta al respeto más profundo.

Comienza con el llamamiento de Abraham y las promesas a su descendencia. Lo único que Dios había pedido a Abraham era, que fuese portador de la señal de su pacto, la circuncisión. No había ni templo ni ley, pero Dios se revela a Moisés, cuatrocientos años más tarde, como el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.

La misma historia de Israel nos muestra que el pueblo rechazó a Moisés cuando se identificó con su pueblo oprimido, y luego en el desierto prescindieron de él para hacerse sus ídolos: “porque este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos que le haya acontecido. Entonces hicieron un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo” (v. 40, 41).

Ese templo por el que tanto abogaban los judíos no tuvo realización hasta que el rey David “pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob” (v. 46). Y no fue él sino su hijo Salomón el que edificó el templo. Pero sin olvidar que “el Altísimo no habita en templos hechos de mano (v. 48), como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis?, dice el Señor” (v. 49).

“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (v. 51).

Esteban, a la pregunta del sumo sacerdote: “¿Es esto así?”, responde: **“vosotros resistís siempre al Espíritu Santo”**. Y esto lo confirma con la propia historia de su pueblo. Reciben la circuncisión como señal del pacto, pero su corazón permanece incircunciso, sin conocimiento de su Dios. Reciben la ley, pero no la cumplen, pues hacen a su propia voluntad sus normas y tradiciones que invalidan el precepto de Dios. Esa resistencia tiene su manifestación violenta en la persecución de los profetas y en la muerte de los que anunciaron al pueblo la venida del JUSTO. Pero el punto más álgido

do de su resistencia al Espíritu Santo tiene lugar con la entrega y la muerte de Jesús. Esto es así, por ser duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos.

El pueblo con sus sacerdotes y dirigentes se había quedado con el puro formulismo de la ley y las tradiciones religiosas, pero sin conocimiento de su Dios. Esto les hacía un pueblo atado a su propia religión por la circuncisión pero su corazón estaba vacío de las promesas del pacto de Dios.

Todo esto nos tiene que llevar a reconsiderar nuestra actitud de fe y vida en el cotidiano caminar, no sea que nos encontremos como muchos del pueblo de Israel resistiendo al Espíritu, enfundados en nuestra propia religiosidad y tradición, sin reconocer al enviado de Dios y Salvador del hombre, al Santo y al Justo, Jesús, el Hijo de Dios. Y no se trata simplemente de un reconocimiento histórico y bíblicista, sino de un conocimiento personal al aceptarlo por medio de la fe como tu único y perfecto Salvador. Y sólo el Espíritu por medio de la Palabra te muestra quién es Cristo para ti y a la vez te enseña a conocerlo.

Pero no debemos tampoco olvidar que no podemos reducir a simples expresiones lo que el Espíritu nos hace ver, sentir y vivir. El mismo Esteban nos muestra que su vivencia por la fe y el Espíritu es mucho más rica y plena en el conocimiento del Señor que todas las expresiones formuladas en estos dos capítulos. Esa vivencia y visión resulta hasta cierto punto escandalosa para todos aquellos que sólo viven del conocimiento de la letra, hecha religión, pero que nada saben de la vivencia y conocimiento en el Espíritu. Aquí se nos muestra también la distancia enorme que existe entre los que viven en el Espíritu y los que viven conforme a la carne. La Palabra nos dice que “Esteban lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (v. 55). Esto era algo incomprensible, absurdo y hasta blasfemo para todos aquellos que resistían al Espíritu y se gloriaban en su propia carne (entiéndase religión). ¿Cuál es su actitud ante lo que el Espíritu le muestra a Esteban? Al no ver con sus ojos nada de lo que Esteban dice, tampoco quieren escuchar con sus oídos incircuncisos, y así nos narra la Escritura su actitud: “Ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él” (v. 57). Sería bueno que nosotros mismos nos examinásemos para ver cuál es nuestra actitud cuando alguien nos anuncia la Palabra de Dios; ¿tapamos nuestros oídos y arremetemos con enojo contra él?, entonces, lo más probable es que tengamos unos oídos circuncidados para la propia religión pero incircuncisos para el Espíritu. Nunca nos cansaremos de repetir que un hombre lleno del Espíritu y de sabiduría, jamás tomará parte en la muerte, persecución o discriminación de sus semejantes, aun a riesgo de su propia vida, antes bien orará siempre por los que le maldicen y persiguen. Así también Esteban entrega su vida bajo las piedras de los fanáticos religiosos, orando por ellos: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió” (v. 60).

EL PLAN DE DIOS CON FELIPE

HECHOS 8

“Los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el Evangelio”
(v. 4).

La muerte de Esteban fue un detonante de persecución para la iglesia de Jerusalén. Una de las ciudades que se benefició de esta persecución fue Samaria con la predicación de Felipe. La Escritura nos dice: “Felipe descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo”

(v. 5). A veces queremos comprender la obra de Dios con nuestra mente, conforme a nuestros propios planes, y esos casi nunca coinciden con los pensamientos de Dios. La iglesia de Jerusalén había elegido a siete diáconos para el servicio de la propia iglesia local, pero Esteban ya estaba muerto y los otros fueron esparcidos para otra misión evangelística. Uno de estos era Felipe, que más tarde vemos establecido con su familia en Cesarea, Pablo en uno de sus viajes se hospedó en su casa, tenía cuatro hijas que profetizaban (Hechos 21:8).

Felipe predicaba a Cristo, y la gente le escuchaba “oyendo y viendo las señales que hacía”

(v. 6). Las señales vistas por ellos era que los espíritus inmundos salían de muchos dando voces y “muchos paralíticos y cojos eran sanados” (v. 7). Los samaritanos acostumbrados al engaño de las señales de magia que les brindaba Simón el mago, se llenan de gozo al ver algo que jamás “su mago” había hecho.

“Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el Evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres” (v. 12).

Esta actitud de estos hombres y mujeres bajando a las aguas del bautismo, nos muestra que se arrepentían de sus pecados y aceptaban el perdón de ellos en la sangre de Cristo. Dejaban el engaño de la magia de Simón y aceptaban la luz del Evangelio de Cristo.

Nos sorprende que el mismo Simón, el mago, por el asombro que le producían las señales que hacía Felipe, también se hiciese bautizar. Él no buscaba a Cristo, sólo quería poseer el poder para hacer esas señales, por eso no duda en ofrecerle dinero a Pedro y a Juan cuando vio que aquellos hombres y mujeres que habían aceptado a Cristo en su vida, recibían el Espíritu Santo (v. 15) en la oración e imposición de manos de los apóstoles.

Aquí nos muestra el Señor que el Espíritu Santo no se encuadra en determinadas normas que los hombres puedan establecer, ni a determinadas personas ni mucho menos a dineros. En el caso que comentamos el Espíritu viene a morar a los creyentes después de ser bautizados, y en la casa de Cornelio antes de ser bautizados. Pedro dice: “cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio” (Hechos 11:15). No estaría de más, que en vez de discutir el tiempo y la forma de recibir al Espíritu Santo, aceptáramos la promesa de Cristo en plena certidumbre de fe, en oración sincera y sencilla, de que : “Yo rogaré al Padre, y

os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, El Espíritu de Verdad...” (Juan 14:16).

Sepamos que “el Señor es Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Y esta libertad no la puede coartar ni delimitar ninguna iglesia o grupo religioso con sus normas o formas de hacer.

“No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (v. 21).

Simón el mago fue el primero que quiso manipular el poder del Espíritu a su antojo. Dicho de otra manera quería coartar la libertad del Espíritu, y que se sometiese a una criatura con un corazón no recto. Sólo con un corazón así se puede intentar tal manipulación.

El apóstol Pedro es contundente en su respuesta: “Tu dinero perezca contigo” (v. 20). Qué pena que los llamados sucesores de Pedro, los papas, hayan olvidado estas sabias palabras del “primer papa” según los católicos, pues muchos de ellos, la historia lo confirma, han sido más sucesores del mago Simón que del pescador de Galilea Simón Pedro. El nombre de Simón el mago dio nombre a la simonía que fue tan usada en la iglesia de todos los tiempos papales, porque se compraba por dinero cargos eclesiásticos y otras prebendas o privilegios, incluso hasta el mismo papado.

“Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en hiel de amargura y prisión de maldad veo que estás” (v. 22-23).

Pedro a pesar de que Simón se bautizó ve que está en “prisión de maldad”, lo cual nos confirma que este hombre no había aceptado a Cristo, porque de lo contrario no estaría en prisión de maldad, ya que “si el Hijo (Cristo Jesús) os liberare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36).

Esta también era una buena ocasión para que Pedro ejerciera el poder que le atribuyen de perdonar los pecados, según la doctrina de la iglesia católica. Pedro no le dice, confíesate conmigo, sino “arrepiéntete y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pecado de tu corazón”. Cómo es posible que si Pedro interpretara las palabras de Jesús: “Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mateo 18:19), en el sentido que dice la doctrina católica romana, que los sucesores de Pedro tienen el poder de perdonar los pecados, dijera a Simón: “Ruega a Dios, si quizás te sea perdonado...”. Esto nos demuestra que Pedro no se arrogaba el poder de perdonar los pecados, sino de anunciar el perdón de los pecados en el Nombre de Cristo.

Levántate y ve hacia el sur... entonces él se levantó y fue.... (v. 26-27).

Felipe había visto la gran aceptación que el Evangelio tuvo en Samaria. Aquí una vez más el Señor rompe nuestros esquemas humanos, e incluso los que podía tener Felipe, al marcarle un rumbo contrario al que el mismo Felipe llevaba. Esto no es obstáculo para que el discípulo obedezca prontamente y cambia el rumbo, ni pide explicaciones al tener que dejar la obra que había comenzado en Samaria. Felipe emprende el viaje hacia el sur por el camino de Jerusalén a Gaza. Él no sabía lo que le esperaba en ese

camino, sólo obedecía al Señor. Probablemente ninguno de nosotros con nuestra metodología hubiese dejado una gran ciudad para acudir a llevar el mensaje del Evangelio a un etíope, eunuco, funcionario de la reina Candace. Y el mismo Felipe se hubiese visto en aprieto conforme a la ley de Israel, porque le estaba prohibido a tales hombres entrar en la congregación de Yavé (Deuteronomio 23:1). Pero el Señor, nuestro Dios, quería confirmar en este hombre lo profetizado por Isaías: “Porque así dijo el Señor: a los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros...” (Isaías 56:4-5). Esta esperanza en la Palabra profética pudo ser la que llevó a este hombre eunuco a Jerusalén. Regresaba a su tierra leyendo al profeta Isaías, cuando alguien se le acerca y le pregunta:

¿Entiendes lo que lees? (v. 30).

Lo que no cabe duda es que este hombre etíope se interesaba por la Palabra de Dios, ya que era poseedor de uno de los manuscritos del profeta Isaías. Allí leía algo que le hace preguntar: “¿De quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?” (v. 34). El capítulo 53 de Isaías nos presenta al siervo de Yave, el Mesías, en su obra redentora por nuestros propios pecados. De aquí parte Felipe sentado en el carro del etíope para anunciarle el Evangelio de Jesús. Nada más se nos dice aquí de lo que Felipe le expuso, pero sí vemos que este hombre entendió lo que antes era oculto para él. Felipe le mostró en que Nombre tenía perdón de pecados del que hablaba el profeta Isaías. Y este hombre respondió positivamente al anuncio del Evangelio de Jesús. Le reconoció como su Salvador y en Su Nombre aceptó el perdón de sus pecados.

¿Qué impide que yo sea bautizado? (v. 36).

Esta nueva pregunta nos demuestra que este hombre había entendido muy bien lo que antes le era oculto. La luz de Cristo había iluminado sus tinieblas y resplandecía nítida en su corazón. Hasta tal punto que sin titubear afirma: Creo que Jesús es el Hijo de Dios. Cuando el apóstol Pedro ante la presencia de Jesús hizo esta misma afirmación, Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17).

El mismo Pedro se hace otra pregunta en la casa de Cornelio cuando estos habían recibido el Espíritu Santo: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?

Para Felipe estaba muy claro que si Dios le había revelado quién era Cristo bajo la luz del Espíritu, también podía bautizarse en el Nombre del Hijo de Dios, “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1:14).

A partir del momento que el eunuco desciende al agua, el Espíritu aparta de su lado a Felipe para continuar él solo su camino, pero lleno del gozo de la salvación de Cristo. Felipe de nuevo toma el camino de regreso hacia Cesarea, anunciando el Evangelio en todas las ciudades (v. 40) por las que pasaba.

Jesús le dice a Pedro que no es la sangre ni la carne la que revela a Cristo, sino Dios el Padre. Aquí podemos comprobar una vez más que la obra es de Dios. Por eso cuando Felipe cumple lo que Dios quiere, le retira del lado del etíope para que éste siga en la gozosa comunión con Dios, y no en la compañía del hombre.

Esto es algo que también nos sorprende a los hombres, porque querámoslo o no siempre sale a flote nuestra propia carne y sangre, como si tuviera algo que ver con la revelación que Dios hace de Su Hijo, Jesús. A veces nos sentimos tan imprescindibles para los que han aceptado a Jesús como su único Salvador, que le podemos inducir a confundir esa gozosa comunión con Dios por medio de la fe en Cristo con nuestra propia compañía.

Hoy este capítulo nos muestra que el hombre creyente es una manifestación de la obra redentora de Dios en Su Hijo Jesucristo, por gracia mediante la fe. Nunca manipulemos ni estorbemos con nuestro protagonismo esa obra maravillosa del amor del Padre en su Hijo.

YO SOY JESÚS A QUIEN TÚ PERSIGUES

HECHOS 9

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Quién eres Señor? Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (v. 4-5).

Las palabras proféticas, que no mucho tiempo antes, el Señor Jesús había dicho a sus discípulos: “Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (Juan 16:2), tienen un pronto cumplimiento con la conducta amenazadora de Saulo de Tarso contra los discípulos del Señor. Saulo se creía en la obligación de anular todo camino que no fuese de acuerdo con el celo religioso de los fariseos. Saulo veía a los discípulos de Jesús, que predicaban la justificación del hombre por medio de la fe en Jesucristo, como unos enemigos de la justicia que es por la ley. En ese celo religioso se dirige a su autoridad religiosa, el sumo sacerdote, para pedir autorización y perseguir a hombres y mujeres de ese Camino, allá donde se encontrasen. Con ese ardor religioso se encamina a Damasco para luchar por las costumbres y la ley de sus padres. A Saulo con el sello personal de su máxima autoridad religiosa no se le podía pasar por la mente que el camino que él seguía estaba en abierta contradicción con los planes más íntimos de la voluntad del Dios de su pueblo y de su salvación. Sólo Aquel que había dicho: “Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36), podía hacer esa obra de liberación en Saulo. Así a plena luz del sol, Saulo se ve sorprendido por la “Luz verdadera que alumbraba a todo hombre”, esa Luz impacta dentro de sus propias tinieblas y le deja postrado en la más desvalida impotencia, hasta tal punto que ni se vale por sí mismo para seguir ningún camino. Alguien desconocido para él le formula una inesperada pregunta llamándole por su propio nombre en hebreo: “Saul, Saul, ¿por qué me persigues?”. Su boca que hasta ese momento respiraba amenazas y muerte, sólo puede balbucear: “¿Quién eres, Señor?”. Y ante él se abre el gran misterio que cambiará y marcará toda su vida: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Este encuentro personal con Jesús, Quien se identifica totalmente con los que creen en Él, hará que también más tarde el mismo Saulo tenga que confesar: “Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

“Levántate, y ve a la Calle que se llama Recta, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo de Tarso; porque he aquí, él ora” (v. 11).

Saulo había preguntado a su perseguido: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. La respuesta que obtiene es la de continuar su camino hacia la ciudad y “allí se te dirá lo que debes hacer”. Saulo espera con intensidad ese momento: sin poder ver, en ayuno y orando. Esta actitud positiva de Saulo es de imitar en muchos momentos en los que el creyente puede no ver nada, pero que sí puede orar. Esta actitud orante expresa una voluntad llena de confianza y esperanza.

No debemos olvidar que el Señor nos habla como Él quiere, cuando quiere y donde quiere. Él le podía haber dicho a Saulo todo personalmente, pero eso se lo encomienda a su discípulo Ananías, quien se siente preocupado por los males que ese Saulo

había causado “a los santos de Jesús en Jerusalén” (v. 13). En este diálogo del discípulo Ananías con el Señor Jesús nos muestra ese íntimo conocimiento mutuo por el que Ananías le expone a su Maestro sus dudas y temores. A lo cual responde Jesús revelándole los planes que tiene con Saulo para disipar todo temor o duda en su discípulo. Esto le conforta para no hacer caso a sus pensamientos sino al mandato del Señor, que le había dicho: “ve a la Calle que se llama Recta...”

El Señor es el que traza los puentes en nuestras relaciones para concluir sus planes. Saulo había visto en visión a uno llamado Ananías que le imponía las manos para que recobrase la vista. Así cuando Ananías llega a su presencia se sabe informado que viene de parte del Señor Jesús. Esto nos muestra que no debemos basar nuestras relaciones desde los extremos que somos nosotros, sino desde y en el Centro que siempre es Jesús Mismo.

“Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi Nombre en presencia de los gentiles” (v. 15).

Para Ananías, Saulo era un instrumento aniquilador de los que confiaban en el Nombre de Jesús. Pero el Señor le hace un instrumento para llevar ese mismo Nombre a otras gentes. A veces hacemos demasiado hincapié en el instrumento y no en Aquel que maneja ese instrumento. En esas Manos estamos todos, dejemos que Él haga la obra en nosotros y con nosotros. Saulo en las manos del Señor fue un instrumento con el cual el Señor dio a conocer Su obra salvadora a muchos otros. Pero el primero en quien se vio esa obra para la cual el Señor le llamó, fue en Saulo mismo, que le hace exclamar: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero... habiendo sido yo antes blasfemo, perseguidor e injuriador...” (1 Timoteo 1:13-15).

El llamamiento del Señor con cada persona es muy peculiar. Sería un error funesto dar más importancia a tu actitud ante ese llamamiento que a la obra que el Señor Mismo hace en ti. Y a veces tristemente hay creyentes que todo lo hacen depender de su aportación a la “obra”, olvidando que el Señor es el que produce en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad (Filipenses 2:13). Me hago cargo que algunos discuten esta actitud, pero sin embargo jamás pondrán en duda que el pincel en las manos del pintor sólo es un instrumento con el cual éste plasma en el cuadro lo que tiene en su propia mente.

Otros ponen como baluarte de esa elección las virtudes personales. Así cuando el Señor dice que Saulo es un instrumento escogido, hacen resaltar la peculiaridad de Saulo, olvidando que la obra en este caso, como en todos los casos, es del Señor. Él es el que elige a Saulo como un día eligió a Pedro o a los otros. Por eso el Señor Jesús nos dice: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16).

Aprendamos a ser agradecidos al Señor y a escucharle, para que en todo momento podamos decir como Ananías: “Heme aquí, Señor” (v. 10). No sea que algún día con todo tu celo religioso tengas que preguntar como el “perseguidor e injuriador” Saulo: “¿Quién eres, Señor?”. Pero si ese fuese tu caso, quiera el Señor que le puedas preguntar también: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (v. 6). Y la respuesta es muy sencilla: CREE EN MÍ.

“En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que Éste era el Hijo de Dios” (v. 20).

Si en un momento Saulo fue capaz de entrar en las sinagogas para arrestar a los que invocaban el Nombre de Jesús, ahora él mismo va a las sinagogas para testificar que este Jesús es el Hijo de Dios, el Cristo. No le sonroja lo más mínimo que le puedan tachar de incongruente sus compañeros, ni que los creyentes le tengan cierto recelo. Él se esfuerza por manifestar la obra que el mismo Jesús había hecho en él, pues Saulo no había recibido la gran salvación por ningún hombre, ni había aprendido eso de ningún hombre, “sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11-12). Por eso no le importa la opinión de los unos ni de los otros, sólo es fiel al llamamiento de la gracia de Dios, que como él dice: quiso “revelar a Su Hijo en mí, para que le predicase entre los gentiles” (Gálatas 1:16).

Es muy importante que nos demos cuenta que Dios no revela a Su Hijo en conceptos o fórmulas religiosas, sino en personas que son hechas conforme a la imagen de Su Hijo (Romanos 8:29). Por eso es imposible que, en aquellos que se dicen creyentes, haya un divorcio entre el Evangelio que predicán y su propia vida de fe. Porque la revelación es “UNO” que es Palabra y Vida, Cristo Jesús.

“Eneas, Jesucristo te sana; levántate” (v. 34)

La Palabra de Dios nos quiere demostrar que su poder es el mismo para convertir a Saulo perseguidor de sus santos como para levantar a un hombre paralítico de su cama, como era Eneas. Tan paralítico estaba Saulo para andar por el Camino que es Cristo, como lo estaba el paralítico Eneas en su cama para andar por los caminos de este mundo. Ambos aportaron lo mismo para ser sanados, su total incapacidad. Pero el Señor hizo en ellos su obra por pura gracia. A Saulo le levantó de las tinieblas religiosas a la Luz de la Vida, y a Eneas le levantó de la inmovilidad de su cama a la libertad de movimiento. El Señor es el Mismo.

LO QUE DIOS LIMPIÓ NO LO LLAMES TÚ COMÚN

HECHOS 10

“De Éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por su NOMBRE” (v. 43).

Una de las cosas que más llama la atención en estos pasajes bíblicos es que Dios siempre toma la iniciativa, tanto en aquellos que le buscan como en aquellos que ya le conocen. Un ejemplo claro de esto lo tenemos en el gentil Cornelio y el apóstol Pedro. Cornelio había llegado a Judea como centurión de la compañía llamada italiana. Este hombre no había encontrado en los dioses del imperio de Roma lo que anhelaba su alma. Pero lejos de la fastuosa Roma, en una tierra extraña, se encuentra con un pueblo que adora y sirve a Dios viviente sin representación alguna en estatuas o imágenes. Este hombre acepta como Dios de toda su casa al Dios de Israel. Y su conducta está en concordancia con la ley de Moisés, siendo temeroso de Dios se preocupaba de los otros con sus limosnas, pero sobre todo “oraba a Dios siempre” (v. 2).

Como era costumbre en Israel, a la hora novena (tres de la tarde), se ofrecía en el templo la ofrenda de flor de harina como memorial (Levítico 2:2,9,16). A esa hora también Cornelio oraba en su casa al Dios de Abraham y su oración fue oída. Así se lo comunica un ángel del Señor. Su oración estaba relacionada con la búsqueda de su salvación personal. Por eso el ángel le indica el nombre y el lugar donde puede encontrar a uno de los discípulos del Mesías de Israel, para que le anuncie la verdad del Evangelio de Jesucristo.

Cornelio cree lo que el ángel le indica y envía dos de sus criados con un soldado de su confianza en busca de Simón, Pedro, que se encontraba en Jope. Esta localidad junto al mar distaba unos cincuenta kilómetros de Cesarea, donde vivía Cornelio.

“Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (v. 15).

Pedro se encontraba en Jope hospedado en la casa de un creyente llamado Simón el curtidor, su casa estaba junto al mar. Permanecía en Jope desde que los hermanos le habían llamado por la enfermedad de Tabita.

Este día Pedro se retiró a orar hacia la hora sexta (sobre las doce de la mañana), y el Señor lo quiso preparar para el encuentro que pronto iba a tener con aquellos gentiles enviados por Cornelio. Para ello el Señor le hace sentir hambre y en esa situación le muestra un gran lienzo (v. 11) con toda clase de animales puros e inmundos según la ley. Una voz le invita a que mate y coma. Pedro se niega a quebrantar las tradiciones de sus padres y responde: “Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás” (v. 14). Por tres veces escucha la misma invitación con una contundente respuesta: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”.

“Le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes en ir con ellos, porque Yo los he enviado” (v. 19).

Pedro buscaba una interpretación clara a todo lo que había visto en aquella visión, sin poder encontrar una respuesta. El Espíritu no satisface su curiosidad con una explica-

ción contundente, eso se lo va a demostrar con los hechos. A la puerta de la casa de Simón el curtidor acaban de llegar los hombres de Cornelio. El Espíritu ordena a Pedro que vaya con ellos. No le dice que los ha enviado Cornelio sino que Él Mismo los ha enviado. Era natural para Pedro que dudase de tal proposición por su condición de judío, pero a eso se adelanta el Espíritu diciéndole: “no dudes en ir con ellos”.

Pedro una vez escuchado lo que le dice el Espíritu no se interroga más sobre aquella visión. Va donde estaban aquellos hombres y se presenta como el hombre a quien ellos buscan. Los hospeda en casa y al día siguiente parten hacia Cesarea. Cuando se encuentran con Cornelio, éste dice: “Hace cuatro días que a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa....(v. 30). Habían pasado cuatro días y a la hora novena llegaron a casa de Cornelio que les esperaba con sus parientes y amigos más íntimos.

“A mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo” (v. 28).

El Espíritu le había mostrado a Pedro el significado de aquella visión con el acontecer de los hechos. Y Pedro aprendió a discernir la voluntad de Dios en contra de su propia opinión y de su tradición, porque se dejó guiar por el Espíritu. El Espíritu nos da soluciones concretas para hechos concretos, nunca nuestra propia opinión o nuestra propia sabiduría nos guiarán a esa solución. Es un error mortal sustituir al Espíritu por nuestra propia opinión o nuestra tradición. El Mismo Espíritu es el que nos prepara y capacita paso a paso para vivir por medio de Jesucristo. Cuando sustituimos esa convivencia formativa del Espíritu por nuestra propia autosuficiencia religiosa (amasada por la propia opinión y tradición) caemos en la fría especulación formadora de hombres y mujeres según un patrón religioso o seudoreligioso, pero que nada tiene que ver con la convivencia y acción formadora del Espíritu que se daba en la iglesia apostólica y se dará en toda iglesia que esté “edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 3:20).

Si Pedro se hubiese apoyado en su autosuficiencia religiosa según su opinión y tradición jamás hubiese ido a casa de un hombre como Cornelio porque era algo inmundo para un judío. Pero él deja de lado su opinión religiosa y acepta la opinión de Dios. Esto lo hace saber a los presentes con estas palabras: “Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo” (v. 28).

“Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el Evangelio de la paz por medio de Jesucristo; Éste es Señor de todos” (v. 36).

El Señor Jesús es Señor de todos, sean gentiles o judíos. Porque el Mismo Jesús es el autor de esa paz, pues de “ambos pueblos hizo uno... para crear en Sí Mismo de los dos un solo y nuevo hombre... y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo” (Efesios 2:14s). Por eso ya no se puede llamar inmundo a nadie que haya sido reconciliado con Dios por la sangre de Cristo, ni “extranjero ni advenedizo, sino conciudadano de los santos, y miembro de la familia de Dios” (Efesios 2:19).

Pedro narra ante el gentil Cornelio que este hecho se divulgó por todo Judea. Y él con todos los otros apóstoles y discípulos son testigos de todos los hechos de salvación

que Dios ha querido confirmar en Su Hijo Jesucristo, aceptando Su muerte en la cruz por nuestros pecados y resucitándole de entre los muertos. Pedro hace hincapié en la resurrección del Señor Jesús, afirmando ante Cornelio y sus amigos: “comimos y bebimos con Él después que resucitó de los muertos” (v. 41). Y si Jesús Mismo por su muerte y resurrección nos ha dado perdón de pecados y herencia entre los santificados, también Dios le “ha puesto por Juez de vivos y muertos” (v. 42).

“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso” (v. 44).

El apóstol Pablo preguntaba a los creyentes gálatas: “Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gálatas 3:5).

Oír con fe es lo que hacía Cornelio con los de su casa, y fueron llenos del Espíritu Santo. Esto fue motivo de asombro para aquellos seis hermanos de la circuncisión que habían venido con Pedro desde Jope. La razón de su asombro es que Cornelio y los suyos eran gentiles y por tanto desconocedores de la ley y de las promesas. Este fue uno de los grandes obstáculos que sufrieron los cristianos de la primitiva iglesia. A muchos de la circuncisión les parecía inaceptable que sólo por el oír con fe se recibiese la promesa del Espíritu. Pensaban que era necesario ser fiel cumplidor de la ley y estar en el pacto. El Mismo Espíritu se encarga de demostrarles que Él no se somete a normas y conceptos de hombres, ni viene para glorificar al hombre, sino para glorificar a Jesucristo en aquellos que le aceptan como su único y personal Salvador. Y Él no mora en aquellas personas que ya lo saben “todo”, sino en los que son de la fe de Jesucristo para guiarlos a toda la verdad (Juan 16:13).

Pedro mismo reconoce: “estos han recibido el Espíritu Santo también como nosotros” (v. 47). Por lo tanto son hijos del mismo pacto y partícipes de las mismas promesas en Cristo.

LA IGLESIA PERMANECÍA EN ORACIÓN

HECHOS 12

“Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba” (v. 11).

Pedro después de haber tenido que responder de su conducta en casa del gentil Cornelio, ante los cristianos de la circuncisión en Jerusalén, que no entendían que un judío entrase en casa de un incircunciso y comiese con él (11:3), ahora se ve envuelto en las oscuras maniobras del rey Herodes para alcanzar fama y gloria ante su pueblo.

La iglesia de Jerusalén tiene que pasar una dura prueba con los malos tratos que el rey hace a algunos de sus miembros, entre ellos destaca la muerte de Jacobo. La Escritura nos dice del rey: “Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan” (v. 2).

Jacobo cuando pidió con su hermano Juan sentarse en la gloria del Señor uno a su derecha y otro a su izquierda, y el Señor Jesús les respondió: “No sabéis lo que pedís” (Marcos 10:37,38), nunca pensaría que su tiempo en la carne iba a ser tan breve después de la partida del Señor. Así el Señor nos muestra qué lejos pueden estar nuestras peticiones ante Él, de lo que Él Mismo tiene preparado para nosotros. El beber de su vaso y ser bautizado en la muerte del Señor, como le dijo a Jacobo y a Juan: “Del vaso que Yo bebo, beberéis, y del bautismo con que Yo soy bautizado, seréis bautizados”, es algo que el Señor nos permite por gracia, durante el tiempo y en el tiempo que Él tiene a bien concedernos en este cuerpo, hasta que Él nos llame a su presencia o venga Él a buscarnos. Para Jacobo el tiempo que el Señor le dio para beber de su copa fue muy breve. Se valió de la espada de Herodes para que bebiese ese último sorbo de la copa del Señor. Cuando vio el rey que esta muerte había agradado a los judíos prendió también a Pedro durante los días de los panes sin levadura, para consumir su muerte después de la pascua.

“Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por Él” (v. 5).

Pedro se encontraba encadenado entre dos soldados y con guardas delante de la puerta. El plan de Herodes estaba a punto de consumarse al día siguiente, pero algo inesperado sucede durante la noche, cuando Pedro dormía puestas sus cadenas y entre sus guardianes. Es de admirar que a Pedro la cárcel no le quitaba el sueño, ni sus cadenas, ni la compañía de los dos soldados. Mientras Pedro dormía, la iglesia velaba, rogando a Dios por su liberación. Sería un golpe muy fuerte que el Señor permitiese privarles de dos de sus apóstoles en un corto período de tiempo. El Señor envía su ángel al lugar de la prisión para soltar las cadenas de Pedro y ponerle en libertad. Para nada sirve la guardia de Herodes, si el Señor quiere liberar. Como dice el Salmo 127:2: “Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela la guardia”. Pedro, como si de un sueño se tratara, no da crédito a lo que ve. Pues está libre en la calle, vestido y calzado y fuera de la puerta de hierro que cerraba la prisión. Sus cadenas habían queda-

do dentro como sus mismos guardianes. Vuelto en sí, reconoce que el Señor le libró de la mano de Herodes y de su plan funesto.

A uno le sorprende tanto la tranquilidad con que Pedro duerme en la cárcel como la certeza y la sencillez con la que acepta la intervención de Dios para librarle de una muerte segura. Pero si cada uno de los que hemos llegado a la fe, también se vuelve en sí, como Pedro, tendrá que reconocer que el Señor también ha soltado las cadenas con que satanás le tenía atado y ha burlado la guardia que satanás tenía sobre cada uno de nosotros. Nos ha sacado de las mazmorras de una muerte eterna y “nos ha trasladado al reino de Su Amado Hijo” (Colosenses 1:13). ¡Aleluya!

¿Cuál ha de ser nuestra actitud? La misma que tenía la iglesia de Jerusalén: “La iglesia hacía sin cesar oración por él”.

“(Pedro) llegó a casa de María, la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando” (v. 12).

Los creyentes permanecen en oración noche y día, a pesar de la muerte de Jacobo. Saben que el Señor es poderoso para librarle de la espada del enemigo, siempre que sea conforme a Su voluntad. Por eso ellos se consuelan en la oración común; y que el Señor decida lo que en Su infinita sabiduría y amor tiene preparado para cada uno de los Suyos.

El Señor con la muerte de Jacobo y con la liberación de Pedro enseña a los Suyos a mantenerse en comunión orante con Él, tanto cuando no entiendes y te entristeces hasta lo más íntimo porque tus peticiones no se cumplieron (en la muerte de Jacobo), como cuando te gozas y te alegras porque ves hechas realidad tus peticiones (en la liberación de Pedro).

Aunque nos parezca duro, el Señor está tanto en lo uno como en lo otro. Y Él permite la muerte de Jacobo porque es Su voluntad y libera a Pedro de una muerte segura porque también es Su voluntad.

El apóstol Pablo con frecuencia tiene que exclamar: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ...Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos” (Romanos 11:33,36).

“¡Voz de dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos” (v. 23).

Los planes de Herodes para matar a Pedro fracasaron, y descarga su ira sobre los guardas ordenando matarlos (v. 19). El rey se trasladó a Cesarea para presentarse ante el pueblo con gran ostentación, más propia de un rey gentil que de un rey de Israel. Desde su trono arengó al pueblo, que en Cesarea era en su mayoría gentil. La aclamación del pueblo fue para el rey como si fuera un dios. Este hecho le hizo acreedor de la ira inmediata del Dios de Israel, por cuanto permitió que sus súbditos le glorificasen a el mismo, y no dio gloria a Dios. En cierta manera se entiende la actitud de Herodes tan influenciado por la Roma imperial, donde el Emperador era tenido por un dios. Herodes también era rey con el permiso de Roma y le parecía lícito que el pueblo le aclamase también como un dios. Pero el Dios de Israel no permitió esa confusión ante su pueblo e hirió al rey, que expiró comido de gusanos.

Estos tres acontecimientos que nos narra este capítulo nos conducen a una sosegada confianza en el Señor, ya que Él tiene el control de todas las situaciones, en las cuales nos podemos ver inmersos porque el Señor lo permite. Pero hemos de saber que nada sucede sin su consentimiento. Y sabemos que “todas las sendas del Señor son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios” (Salmos 25:10).

A primera vista nos puede parecer que el Señor tiene más preferencia por Pedro que por Jacobo al permitir que uno permanezca en el cuerpo y el otro sea llamado ante su presencia; y que el Mismo Señor oye las oraciones, que los creyentes interponen por Pedro, mas no tienen esa respuesta a favor de Jacobo. Pero nada estaría más lejos de la realidad que esta ingenua interpretación. El apóstol Pablo nos explica esta misma situación con esta reflexión: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia... teniendo deseo de partir y estar con Cristo lo cual es muchísimo mejor...” (Filipenses 1:21,23). Si pudiésemos hablar de preferencias para el Señor - “el cual no hace acepción de personas” - tendríamos que decir que Jacobo obtuvo la mejor parte, porque “estar con Cristo es muchísimo mejor”.

Con respecto a la oración de los creyentes en favor de estos dos apóstoles siempre tiene su cumplimiento, porque no oran para que se haga lo que ellos piden, sino para que sus hijos acepten la voluntad del Padre, y estos puedan decir: “el hacer Tu voluntad me ha agradado”. Y su voluntad se puede ver igualmente confirmada cuando uno de ellos permanece fiel hasta la muerte, como cuando otro es liberado de las seguras mazmorras de la cárcel. Por eso vemos que los creyentes no dejan de orar cuando Jacobo es muerto, sino que siguen en la misma actitud orante por Pedro, a quien le espera la misma suerte dictada por el rey. Sin embargo se sorprenden gratamente cuando ven que la voluntad del Padre es que Pedro continúe con ellos.

La fe de estos primeros cristianos les hacía exclamar: “Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos” (Romanos 14:7,8).

EL ESPÍRITU ES ORGANIZADOR Y PROMOTOR DE LA IGLESIA

HECHOS 13

“Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado... Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo... (v. 2, 4).

La forma de vida de la iglesia naciente, que nos narra este capítulo, arranca de la iglesia de Antioquía. En esta ciudad se había formado un grupo de creyentes a raíz de la persecución que se levantó contra los creyentes en Jerusalén. Algunos de ellos habían llegado a Antioquía, y también anunciaron el Evangelio del Señor Jesús a los griegos, creyendo un gran número de ellos (Hechos 12:21). Cuando la iglesia de Jerusalén tuvo noticia de este hecho enviaron a Bernabé a Antioquía. Este se regocijó al ver que la gracia de Dios también había alcanzado a los gentiles, y les exhortó a que permaneciesen fieles al Señor. Bernabé de allí fue a Tarso a buscar a Saulo, y ambos regresaron a Antioquía. Este capítulo nos los presenta entre los profetas y maestros de esta iglesia local, no por voluntad propia ni de la iglesia, sino por el poder y don del Espíritu Santo. El Espíritu es el organizador y promotor en la iglesia. Él envía a Bernabé y Saulo a la obra que Él Mismo quiere hacer con ellos entre otros gentiles. El conjunto de la iglesia obedece el mandato del Espíritu en oración y ayuno para que estos dos llamados cumplan fielmente con la misión a la que son enviados. La iglesia no duda del poder del Espíritu ni de la veracidad de su llamada, pero sabe que esos dos llamados son hombres, que necesitan de la firmeza de la fe para vencer su propia debilidad, y la iglesia los apoya con la oración constante, que cobra intensidad con el ayuno.

“Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?” (v. 9-10).

Los dos discípulos, con la ayuda de Juan (Marcos), comienzan su ruta navegando hacia Chipre, atraviesan toda la isla desde Salamina hasta llegar a la ciudad de Pafos. Allí son llamados por el procónsul, Sergio Paulo, que deseaba oír la Palabra de Dios (v. 7). Pero un falso profeta judío, llamado Elimas, trata de oponerse con su magia a que el procónsul acepte el mensaje de salvación y crea en el Señor Jesucristo. Sin embargo el Señor en su infinita sabiduría utiliza a ese falso profeta, cegando sus ojos, para demostrarle al procónsul que la luz verdadera que alumbra a todo hombre le era anunciada por Bernabé y Saulo. Cuando el procónsul vio que su mago andaba alrededor, “buscando quien le condujese de la mano” (v. 11), .. creyó, maravillado de la doctrina del Señor” (v. 12).

Ni el engaño ni la maldad del falso profeta fue un obstáculo para que la Palabra de Dios produjera sus frutos de justicia en el corazón del gentil Sergio Paulo, como en tantos otros que creyeron en el Señor Jesús.

“Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros teméis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación” (v. 26).

Pablo con sus compañeros abandonan la isla de Chipre y navegan hacia Asia Menor, pasando Perge en la provincia de Panfilia llegan a Antioquía de Pisidia.

Como era su costumbre, un día de reposo, entraron en la sinagoga de los judíos y se sentaron. Después de escuchar la lectura de la ley y de los profetas fueron invitados a pronunciar alguna palabra de exhortación para el pueblo.

Tomó la palabra, Pablo, y analizando la historia de Israel desde la salida de Egipto hasta el rey David, confirma que de la “descendencia de éste, y conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador de Israel” (v. 23).

Pero los habitantes de Jerusalén y los gobernantes no reconocieron a Jesús ni hicieron caso de las palabras de los profetas que anunciaban esta salvación. Sin embargo cumplieron en su ignorancia todo lo profetizado por los profetas al entregar a muerte a Jesús y quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro (v. 29).

“Mas Dios le levantó de los muertos” (v. 30).

Jesús Mismo se presentó vivo a sus apóstoles, después de su resurrección, durante cuarenta días, con muchas pruebas indubitables. “Los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo” (v. 31). Pablo también se presenta como portador del “Evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres” (v. 32). Esta promesa ha sido cumplida: enviando a Su Hijo como Salvador de su pueblo y de los gentiles que crean en Él.

“Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de Él se os anuncia perdón de pecados.... en Él es justificado todo aquel que cree” (v. 28-29).

Pablo presenta la gran promesa de salvación para todo hombre, sea judío o gentil. Pues el judío tampoco pudo ser justificado por la ley de Moisés, porque por la ley tuvo conocimiento de su propio pecado. Y ahora aparte de la ley se les anuncia el perdón de sus pecados en Cristo; y la justicia de Dios gratuitamente, por gracia, por medio de la fe en Jesucristo.

Dos cosas hace resaltar Pablo ante sus oyentes:

a) Sólo por medio de Cristo se obtiene el perdón de pecados.

b) Todo el que cree en Cristo es justificado ante Dios.

Hoy parece que muchos han olvidado este claro mensaje del Espíritu por boca de Pablo. Y pretenden actualizarlo con sus huecas filosofías humanistas, con más gancho - dicen ellos - entre la gente moderna. Como si la gente moderna no fuese pecadora ante Dios y no tuviese ya necesidad del perdón por medio de Cristo.

El gran problema del hombre moderno y antiguo sigue siendo el mismo: ni quiere ni puede sujetarse a la ley de Dios, porque en su carne no mora el bien. El mismo Pablo grita: “¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). ¡Cristo, solo Cristo y siempre Cristo! Porque tiene poder para salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, “viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Algunos encuentran el mensaje evangélico, como devaluado para este tiempo. El desarrollo de las comunicaciones y el progreso han reducido el espacio para todo mensaje que no tenga al hombre como centro y fin en sí mismo. Por eso sólo aquellos personajes religiosos que se ponen en el centro del mensaje, y como una respuesta en sí mismos, ocuparán los primeros planos de las televisiones y las portadas de los diarios

informativos. Aunque critiquen agriamente a los televidentes o lectores que no sigan su propia moral. Pero todo aquel que señale a Cristo viviente como centro y solución para el hombre, será ignorado y despreciado por toda esa información egocéntrica sobre el hombre.

Sin embargo Cristo como perdón y justicia de Dios para el hombre tiene la misma vigencia y actualidad para nosotros hoy, como para aquellos que le vieron con sus ojos, le contemplaron y le palparon con sus manos, y llenos de gozo testificaron: “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:1,7). No hay tiempo ni información que devalúe esa sangre del Cordero ante los ojos de Dios para todo aquel que cree en Él.

La promesa de gracia de Dios, para todos los pecadores, hecha realidad en Cristo, es inmutable, como Dios es el Mismo ayer, hoy y por los siglos.

La causa fundamental, por la que muchos cristianos nominales proclaman la devaluación del mensaje evangélico, radica en que hacen una total separación entre la letra del mensaje, la palabra escrita y la PERSONA que se presenta en la Palabra, Jesús el Hijo de Dios viviente. Cuando no es el Espíritu el que ilumina las tinieblas de la mente del hombre para que habite Cristo por la fe en sus corazones, se hace del mensaje un concepto religioso adaptado a los intereses de un grupo, en el que reina el hombre líder.

Pero no nos engañemos, el Evangelio es de Jesucristo (Marcos 1:1), y de ningún hombre. Si alguien quiere conocer el Evangelio y no a Cristo, se mete en un río sin agua donde solo encontrará piedras en que tropezar y sequedad para su mente. Ese es el camino arenoso y seco de los que hablan del mensaje evangélico sin Cristo.

Pablo citando libremente las palabras del profeta Habacuc (v. 41), advierte del peligro que corren todos aquellos que rebuscan en la Palabra de Dios para hacer su propia religión, y no buscan a Dios y su salvación. Ya que toda la Escritura ha sido escrita “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su NOMBRE” (Juan 20:31).

Este capítulo trece concluye diciéndonos que los que creyeron en Jesús “estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (v. 52).

Es una realidad vivencial, no simplemente algo conceptual o moral. Es Alguien que cambia tu tristeza en gozo y te llena de Su maravilloso poder, paz y amor. Es Cristo Jesús, el Hijo de Dios, Él te da vida eterna.

NOSOTROS TAMBIÉN SOMOS HOMBRES

HECHOS 14

“Os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay” (v. 15).

Pablo y Bernabé son expulsados de los términos de Antioquía de Pisidia por la persecución que algunos de esta sinagoga habían levantado contra ellos, no sin que antes muchos de los judíos y gentiles hubiesen creído. Se encaminan a Iconio, y como de costumbre entran en la sinagoga, hablaron la Palabra de la gracia de Dios, y “creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos” (v. 1).

También aquí hubo una gran oposición de parte de aquellos que no habían creído a la Palabra de Su gracia. Esta situación hizo que Pablo y Bernabé “se detuvieran allí mucho tiempo” (v. 3). Todo lo cual no es impedimento para que “hablen con denuedo, confiados en el Señor”. Esta firmeza en la proclamación del Evangelio y esa total confianza en el Señor es el aliento de vida que los nuevos creyentes necesitan para vencer la dura prueba que se levantó contra ellos por los que no quisieron aceptar la salvación por medio de la fe de Jesucristo. Éste es la piedra angular que día tras día los edificadores siguen desechando para que los gentiles sean edificados sobre Él. El plan de Dios en todo tiempo sorprende al hombre religioso, porque éste siempre se siente absolutamente seguro en su propia opinión, pero Dios quiere que los suyos estén de continuo abiertos a lo que dice Su Espíritu, aunque muchas veces rompa nuestros propios esquemas religiosos o nuestra propia conducta moral. Si obedecemos lo que nos enseña el Espíritu, nos sentiremos liberados, de lo contrario nos convertiremos en “excitados y corrompidos” opositores en contra de aquellos que son portadores de la verdadera fe de Jesucristo. Con Jesús no hay medias tintas, pues Él nos dice: “El que no es conmigo, contra Mí es; Y el que conmigo no recoge, desparrrama” (Lucas 11:23).

Esta situación la vivieron aquellos primeros cristianos de Iconio y el Señor confirmó la “Palabra de Su gracia .. haciendo por las manos de ellos señales y prodigios” (v. 3). El Señor en su sabiduría infinita al tiempo que confirma la veracidad de Su Palabra, también prueba por medio de la tribulación la fe de aquellos que se dicen ser creyentes, para que sólo permanezca en Su redil los que de veras están con Cristo.

“...Viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó y anduvo” (v. 9-10).

Pablo y Bernabé tienen que dejar Icono y huir a Listra por la dura persecución que levantaron contra sus personas. Pero ellos siguieron predicando el Evangelio por toda aquella región.

En la ciudad de Listra tiene lugar un suceso que al mismo tiempo que confirma la poderosa Palabra de Dios, el hombre religioso lo convierte en un hecho idólatrico.

Un hombre cojo de nacimiento que jamás había andado (v. 8), éste escuchó a Pablo y creyó lo que predicaba; pues el mismo Pablo da testimonio de que este hombre “tenía fe para ser sanado”; a la voz de: “levántate derecho sobre tus pies...él saltó y anduvo”.

No sería sensato olvidar esta gran obra de la gracia de Dios, y ponernos a discutir si la sanidad de este hombre fue por su fe o por Pablo. Entonces estaríamos cayendo en la misma idolatría mental que la de aquellos licaonios, los cuales atribuían a Pablo y a Bernabé ese poder como deidades, Júpiter y Mercurio. Fue tal la conmoción que tuvo esta sanidad, que el mismo sacerdote del dios Júpiter trajo toros delante de la puerta de la ciudad para ofrecer sacrificios (v. 13) a estos dioses (Pablo y Bernabé) bajo la semejanza de hombres.

“Cuando lo oyeron los apóstoles, Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas... diciendo: nosotros también somos hombres semejantes a vosotros... (v. 14).

Dicho en otras palabras, toda la gloria y la honra sea para el Dios vivo, Señor de cielos y tierra. Nosotros somos hombres semejantes a vosotros sin gloria ni honra, hasta que Cristo nuestra vida se manifieste, entonces también seremos manifestados con Él en gloria (Colosenses 3:4). Solo Cristo es nuestra gloria, y “nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3:3).

¿Cómo es posible que después de esta actitud tan contundente de Pablo y Bernabé en contra de esta idolatría, la iglesia católica haya llenado los altares de todas sus iglesias de imágenes de hombres, que supuestamente han hecho distintos milagros?

Si estos supuestos santos fueron hombres de fe, no dudamos que tendrían la misma actitud que Bernabé y Pablo, y rasgarían sus vestiduras y gritarían a todos los que honran sus imágenes: “Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros”, y nos recordarían el mandamiento de Dios: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en los cielos, ni abajo en la tierra...no te inclinarás a ellas, ni las honrarás... porque Yo soy el Señor tu Dios..” (Éxodo 20:4-5).

Cuando Dios muestra su poder sanador en favor de los hombres no es para que nos volvamos al hombre, sino para que nos convirtamos a Dios vivo. Esto fue lo que Bernabé y Pablo dijeron a aquellas gentes: “Convertíos al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay”.

La actitud de estas gentes de querer rendirles culto, Pablo la califica como una vanidad, porque no mira al Dios vivo sino al hombre mortal. Ellos son sencillos anunciantes de la Verdad del Evangelio para que los hombres se vuelvan a Dios a través de Su Hijo Jesús. Pues Dios ha dejado en las edades pasadas andar a las gentes en sus propios caminos (v. 16), pero en estos tiempos ha enviado a su Hijo al mundo “para que el mundo sea salvo por Él” (Juan 3:17). No es cristiano salirse de este Camino que es Cristo y volver a los propios caminos de la idolatría que únicamente nos llevarán a la muerte, porque el único Camino que lleva a la vida es Cristo, y “el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará” (Isaías 35:8).

“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (v. 22).

Estos nuevos cristianos necesitaban una cierta explicación ante la contundente agresividad de los que se oponían a la fe de Jesucristo. Pablo mismo fue dejado por muerto y arrastrado fuera de la ciudad (v. 19), después de ser apedreado. Pero no nos confundamos, estas tribulaciones no son para ganar el reino de Dios, sino porque ya somos herederos de ese Reino. Y el poder de las tinieblas por medio de los que no

conocen la Verdad, tratan de aniquilar esos herederos, “que son guardados por el poder de Dios, mediante la fe” (1 Pedro 1:5).

Esta es la exhortación que Pablo hace a esos creyentes, para que no piensen que es algo extraño o anormal la tribulación en la vida diaria del creyente. Es lo mismo que dice el apóstol Pedro: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pedro 4:14). Esto es algo incomprensible para el hombre natural y sobre todo para el hombre hedonista de hoy, cuyo fin es el placer. Pero es un gran consuelo para el creyente saberse bienaventurado y que sobre él reposa el glorioso Espíritu de Dios, cuando atraviesa las tribulaciones. No como algunos nos quieren enseñar que a través de las tribulaciones merecemos la bienaventuranza, la vida eterna. Pero las Escrituras nos enseñan que por medio de la fe en Jesús tenemos vida eterna (Juan 6:47) y recibimos el Espíritu Santo (Gálatas 3:14).

“Y constituyendo ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído” (v. 23).

Si queremos saber cómo serían estos ancianos, tendremos que leer lo que el mismo Pablo escribió a sus colaboradores Timoteo y Tito. A ambos les indica que los ancianos han de ser irrepreensibles, maridos de una sola mujer,.. que gobierne bien su casa, .. retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen (Tito 1:5-10). Y si los apóstoles en la elección de siete diáconos para la iglesia de Jerusalén pedían que fuesen hermanos llenos de fe y del Espíritu Santo, esas serían también las características esenciales que buscaban Pablo y Bernabé en oración y ayuno para la elección de esos ancianos.

Este era el perfil de aquellos que quedaban al cuidado de la grey de Dios, como dice Pedro: “Apacenta la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente (según la voluntad de Dios)... no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 Pedro 5:2-3).

Hombres llenos de fe y del Espíritu Santo, y también retenedores de la Palabra fiel tal como ha sido enseñada, para poder exhortar con sana enseñanza. Ancianos, así, son una garantía para que en las iglesias se manifieste el Cristo viviente.

EL TESTIMONIO DE DIOS NO LA OPINIÓN DEL HOMBRE

HECHOS 15

“Ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones” (v. 9).

La paz de la iglesia de Antioquía fue turbada por algunos que venían de Judea proclamando que les era necesario a los creyentes gentiles, circuncidarse según el rito de Moisés, para ser salvos (v. 1). Esto fue una doctrina que causó honda preocupación entre los creyentes y sembró de dudas la tranquila vida que comenzaba a florecer bajo la predicación del Evangelio de la gracia por medio de la fe. Hasta ese momento sólo habían oído que creyesen en el Señor Jesús para ser salvos. Lo cual comprobaron en el cambio de sus propias vidas, pasando de las tinieblas de la idolatría y de la más absoluta corrupción, a la Luz de la vida de Cristo y a la armonía con la voluntad de Dios, que el mismo Espíritu daba a conocer en sus mentes.

Este nuevo principio para ellos: **“Si no os circuncidáis..., no podéis ser salvos”**, les encadenaba a una nueva norma para ser salvos, de la cual ellos no habían tenido necesidad, para poder saberse y sentirse salvos en Cristo por la fe.

¿Cómo alguien les podía negar que estaban salvos, porque no estaban circuncidados? Estaba claro que la salvación que ellos habían alcanzado por la fe en Cristo, no tenía nada que ver con las prácticas doctrinales, que les exigían cumplir para salvación aquellos que ahora venían de Judea.

A través de los siglos, principios del ritual humano, como: “Si no os circuncidáis ... no podéis ser salvos”, han tratado de ocultar la gratuidad de la salvación de Dios en Su Hijo Jesucristo por medio de la sola fe.

“Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos...” (v. 2).

Pablo y Bernabé se apoyaban en lo que ellos habían visto que el Señor había hecho entre los gentiles, cuando al escuchar el Evangelio aceptaban con fe a Cristo. Pero estos judíos que venían de Jerusalén sólo traían la norma de la tradición de su pueblo, a la que vinculaban la propia salvación. Allí estaban Pablo y Bernabé para separar el trigo de la paja, y no permitir que se hiciese depender una salvación tan grande, de la cual es Fiador el mismo Hijo de Dios, del rito de la circuncisión. ¡Cuántas vanas discusiones ha habido durante todos los tiempos sobre unos ritos, que en la mayoría de los casos sólo valen para sembrar confusión y división! Estas mismas consecuencias (confusión y división) negativas son razones suficientes para ver que esos ritos no están en la perspectiva del Señor, sino en la del hombre.

Este capítulo nos muestra el daño que se le puede hacer a la vida de fe de una iglesia, cuando hay miembros que sólo se alimentan de la letra de la Palabra y de los ritos que ellos mismos hicieron tradición, pero que desconocen por completo: “al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que purifica por la fe los corazones”.

Ante estas gentes el mismo Pablo y Bernabé tienen que ir a Jerusalén junto a los apóstoles y ancianos para tratar esta cuestión.

“Llegados a Jerusalén fueron recibidos por la iglesia, y los apóstoles y los ancianos.... Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos... (v. 4-5).

Aquí vemos que ese mismo problema existía en la iglesia de Jerusalén, a pesar de que los mismos apóstoles estaban allí. Es significativo que en estas reuniones nadie impone su autoridad, se discuten todas las cuestiones buscando el testimonio de Dios y no la opinión del hombre. Los apóstoles y los ancianos, con los que habían venido de Antioquía, tratan este asunto y después de mucha discusión buscan la solución en el actuar de Dios con los gentiles. Primero lo habían expuesto Pablo y Bernabé refiriendo todas las cosas que Dios había hecho entre los gentiles que aceptaban el Evangelio. Pero se encontraron con la misma oposición de los fariseos que habían creído: “Es necesario circuncidarlos”. ¿Qué necesario es estar vigilantes para no dejarnos confundir por hombres “creyentes”, que pretenden vincular a sus ritos y ceremonias la salvación, que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de la fe! Jesús sólo nos pide que creamos en Él, si queremos ser salvos, nada nos dice de ritos ni de ceremonias para salvarnos.

¿Por qué los hombres nos dicen que sí son necesarias para salvación? Solo puede haber una razón: esos ritos son la llave que abre su poder personal ante los fieles y cierra su propia incredulidad a los ojos de los demás. Porque sin esos ritos y ceremonias serían tachados de simples incrédulos. Así esos ritos y ceremonias son su vestimenta que oculta su hipocresía e incredulidad.

No es cosa fácil luchar contra esta plaga ritual y ceremonial, como tampoco lo fue para Pablo y los otros apóstoles con los ancianos de Jerusalén y Antioquía.

Tampoco este capítulo beneficia a aquellos que fundamentan su absoluta autoridad sobre Pedro, pues este apóstol está entre los demás sin ninguna potestad absoluta, sino que compartía la discusión buscando la confirmación de la potestad absoluta de Dios en Su obrar con los gentiles, y así pudo decir:

“Varones hermanos... Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del Evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros (v. 7-8).

El argumento que usa Pedro para convencer a los otros hermanos, ni es su propia autoridad, ni su propio apostolicidad, sino el testimonio que Dios da. Y este testimonio era el Espíritu Santo que Dios daba a aquellos que creían en Su Hijo Jesucristo, sin rito alguno o ceremonia religiosa y sin intervención de hombre. ¿Cómo algunos pueden decir que ellos son los que reciben el Espíritu como los únicos sucesores de los apóstoles? Pedro vio con sus propios ojos que aquellos gentiles de la casa de Cornelio, como lo vio Pablo entre los otros gentiles, recibieron el Espíritu Santo por el oír con fe, lo mismo que ellos. Y eso no es un don de unos pocos que se dicen los privilegiados sucesores de los apóstoles.

¿Cómo puede ser que algunos se atrevan a decir que son necesarios sus ritos y ceremonias para recibir el Espíritu Santo? ¿No fue eso mismo lo que quería hacer por dinero Simón el Mago? La respuesta de Pedro fue contundente: “No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (Hechos 8:19-21). Dios es el único que conoce los corazones y es el único que nos da el Espíritu

Santo. Aquellos que lo vieron con sus propios ojos y lo experimentaron en sus propias vidas nos confirman que ése es el testimonio de Dios.

Hoy en día más que nunca, por la gran confusión que nos rodea dentro y fuera, es necesario tener Ése testimonio de Dios, para no ser confundidos por los ceremoniosos, los ritualistas, los ecuménicos y los religioso-humanistas, los cuales sólo tienen el testimonio de su propia opinión, pero no tienen el testimonio de Dios: El Espíritu Santo. Aunque usen de sus ritos, ceremonias o de sus huecas filosofías para intentar demostrar lo contrario. Pero está claro que Dios no hace diferencias entre judíos o griegos, ricos o pobres, sabios o necios, entre hombre o mujer, sino que **purifica por la fe sus corazones**", y no por rito alguno...

“Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos” (v. 11).

Hemos de tener muy claro que nuestra salvación se fundamenta en la gracia de nuestro Señor Jesús, y en ninguna otra cosa. Y el medio para acceder a esa gracia es la fe sencilla y humilde sin ningún otro atavío religioso.

Si alguien piensa salvarse por pertenecer a la mejor iglesia o por tener la mejor doctrina o la mejor forma de culto, o por administrar los mejores ritos y ceremonias, debe salir de ese gran error y **creer que sólo por la gracia del Señor Jesús será salvo(a)**. No hay ningún otro modo de salvarte:

Si alguien te presenta otro modo o medio para salvarte, te está engañando.

Si alguien te dice que es necesario algo más, te está confundiendo.

Si alguien te dice que la gracia de Jesús es el fundamento, pero tú debes hacer, te está separando de la libertad de Cristo y llevándote a su “ley”, a su esclavitud.

La Palabra nos dice: “El que tiene al Hijo (a Jesús), tiene la vida” (1 Juan 5:12). Lo único que ha de hacer, el que tiene esa VIDA, es vivirla: en la paz y en la adversidad, en la alegría y en la tristeza, en los aciertos y en los errores. Sabiendo que mientras vivamos en este cuerpo, debemos vivir en la fe del Hijo de Dios, el cual nos amó y se entregó a Sí Mismo por nosotros (Gálatas 2:20).

ESCUCHA AL ESPÍRITU Y SIGUE SU INICIATIVA

HECHOS 16

“Les prohibió el Espíritu Santo hablar la Palabra en Asia” (v. 6).

Esta expresión, a muchos de los llamados cristianos modernos, les resulta incomprensible. Pero en los primeros tiempos del cristianismo, el Espíritu Santo tenía siempre la iniciativa. Y si los creyentes con su mejor intención trazaban unos planes, que no era lo que el Espíritu quería, esos planes se torcían hacia la dirección que señalaba el Espíritu.

Esto lo podemos ver en la actitud de Pablo y Bernabé. Ambos querían volver a visitar juntos a los hermanos en todas las ciudades en que habían anunciado la Palabra de Dios. El punto de discordia en este caso fue Marcos al que Pablo no quería llevar como compañero. Eso fue ocasión para que ambos tomaran rutas diferentes. Bernabé y Marcos hacia Chipre; y Pablo y Silas hacia Galacia. Pablo quiso llevar también al joven Timoteo animado por el testimonio que daban de él los hermanos de Listra e Icono.

El Espíritu entre unas circunstancias y otras iba preparando el grupo de personas que deseaba enviar más allá de Asia, aunque eso en principio no entrase en los planes de Pablo. Éste intentó hablar la Palabra en Asia, pero “el Espíritu no se lo permitió”.

Es muy importante aprender, no a juzgar las circunstancias, sino a leer lo que el Espíritu nos quiere decir con lo que nos acontece en cada momento. Quizás todos diríamos que el Espíritu Santo nunca prohíbe hablar la Palabra de Dios. Esto nos lleva a una conclusión clara: nunca nos debemos guiar por nuestros propios principios, aunque estos nos parezcan los más bíblicos, porque eso nos puede llevar a desobedecer al Espíritu. Si Pablo y Silas se guiaran por su propia lógica hablarían la Palabra en Asia, pero no contarían con el poder del Espíritu, de lo que Pablo siempre se gloría: “Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Corintios 2:4).

Es significativo que estas palabras se las escriba a una de las iglesias de Europa a las que el Espíritu le envió después de prohibirle hablar la Palabra en Asia.

Tal vez hoy nosotros, los modernos cristianos, lo tengamos todo tan bien programado que nuestros planes y proyectos nunca sufren ninguna alteración, y eso lo atribuimos a nuestra capacidad de planificación y previsión. Pero a lo mejor hemos perdido la mejor cualidad de la primitiva iglesia: Escuchar al Espíritu y dejarle a Él la iniciativa. El Espíritu es el único que nos puede llevar a la Verdad plena, tanto en el vivir como en el actuar.

“El Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (v. 14).

Convencidos Pablo y sus compañeros de lo que el Espíritu le mandaba, aunque eso nada tenía que ver con sus propios planes, parten rumbo a la provincia de Macedonia, deteniéndose unos días en la ciudad de Filipos. Un día de reposo buscan el lugar de reunión de los prosélitos judíos, que solían hacer la oración junto a un río. Allí hablan

a las mujeres que se habían reunido. Una de ellas, Lidia, acoge con gozo el mensaje de salvación, bautizándose ella y su familia. Esta mujer renacida ofrece su casa como lugar de residencia a los mensajeros del Señor. El Mismo Señor había abierto el corazón de esta mujer al poder del Evangelio y ahora pone en su corazón esa hospitalidad para preparar un lugar de reposo a los Suyos. De tal manera había comprendido esta mujer la obra del Señor en su corazón, que los mismos discípulos dicen: “Nos obligó a quedarnos” (en su casa) v. 15.

Cuando Pablo algún tiempo después escribe a la iglesia de Filipos con estas palabras: “A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos...”, vemos ya una iglesia formada y organizada. Y Pablo está totalmente persuadido de que la obra es del Señor, al decir: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

“Te mando en el Nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (v. 18).

Este pasaje también nos muestra cómo ocupaban su tiempo Pablo y sus compañeros: “aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación” (v. 16). Ellos empleaban su tiempo en la oración y en el anuncio del Evangelio.

Pero también tenían un competidor que decía: “Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación” (v. 17).

Un pregonero así no sería de despreciar, según nuestra propia opinión, y eso es algo muy corriente hoy día. Pero los apóstoles del Señor no admiten confusiones, la luz es la luz y las tinieblas son las tinieblas. Esa fue también la postura del Señor ante los espíritus de las tinieblas. Los demonios no quieren servir al Señor ni mucho menos anunciar el camino de salvación, si lo hace es para confusión nunca para salvación. Pablo molesto con la actitud de ese espíritu de adivinación que poseía una muchacha, le ordena en el Nombre de Jesucristo que salga de ella, y así fue. Pero esto trajo consecuencias desagradables para Pablo y Silas, ya que fueron acusados de alborotadores. Esta es la gran contradicción de este mundo, a los anunciadores de la paz les llama alborotadores y a los espíritus perturbadores benefactores. Los beneficios que producía la adivinación a los dueños de aquella muchacha, perecieron cuando ella fue liberada de la esclavitud del diablo.

El precio que Pablo y Silas tuvieron que pagar fue “el ser azotados mucho con varas” y la cárcel (v. 23). El carcelero los metió en el calabozo de más adentro y les aseguró los pies en el cepo.

Pero este sufrimiento y prisión no eran para Pablo y Silas motivo de desaliento. Pablo se lo dice en una carta a esta iglesia con estas palabras: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo el que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él” (Filipenses 1:29).

Tengo la sensación de que hoy se ha perdido en parte esa actitud ante los sufrimientos y penalidades que nos son concedidas a causa de Cristo. ¿Dónde está ese gozo del que nos habla el apóstol Santiago en las pruebas? “Tened por sumo gozo cuando os

halléis en diversas pruebas” (Santiago 1:2). O la actitud de Pedro y Juan cuando fueron azotados, y “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5:41).

Para estos hombres no era una indignidad todos esos azotes y cárceles, antes bien era un motivo de gozo el ser dignos de padecer por el Nombre de Cristo.

Así nos explicaremos, ¿por qué Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios en la prisión?

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (v. 31).

El Señor demuestra con Su poder que Sus discípulos están en la cárcel, no por ser indignos sino porque Él los tiene por dignos. Ellos estaban en aquella cárcel porque el Señor lo permitía, ya que no hay cadenas ni puertas que puedan resistir Su poder. Los cimientos de la cárcel se conmovieron, se abrieron todas las puertas y las cadenas de todos se soltaron (v. 26).

Nada ni nadie puede atar a los discípulos de Jesús si Él no lo permite. Y si eso sucede no es para hacer daño a los Suyos sino para salvar a los que han de ser Suyos.

Todos aquellos presos que estaban en la cárcel desearían que sus cadenas fuesen soltadas y abiertas las puertas, para huir; y esa era la opinión del carcelero cuando vio las puertas abiertas; lo que menos se imaginaba es que los presos aún siguiesen en la cárcel, tal era su convencimiento que iba a matarse con su espada. Pero el Señor no tenía a sus mensajeros allí para que ese hombre pusiese fin a sus días sino para darle vida eterna.

Los caminos del Señor con cada hombre son inescrutables e ininteligibles para la mente humana. Siempre Su amor y misericordia superan con creces toda nuestra realidad diaria.

La única respuesta es postrarnos ante Él, como el carcelero en su asombro se postró ante Pablo y Silas, y preguntarle: ¿Señor qué debo hacer para ser salvo? “¡CREE EN EL SEÑOR JESUCRISTO!”

A veces pretendemos buscar unos mensajes endulzados y circunstanciales para cada persona, pero sólo hay un mensaje claro y directo para todo hombre o mujer: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”. Y este hombre con toda su casa escuchó la Palabra de Dios. Y en aquella hora de la noche se bautizó él con todos los suyos. Ese mensaje había producido sus frutos en el corazón de aquel hombre acostumbrado a no respetar ni su propia vida. Ahora como un fruto dulce del Espíritu, él lava las heridas a Pablo y Silas, y “llevándolos a su casa, les puso la mesa, y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (v. 33-34).

Qué cambio tan maravilloso hace la gracia de Dios en el corazón de este hombre. Le saca de la profunda angustia de muerte, para regocijarse con toda su casa de haber creído a Dios.

ESCUDRIÑAR LAS ESCRITURAS BASE DE UN DIÁLOGO

HECHOS 17

“ Y Pablo, como de costumbre, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo ” (v. 2-3).

En esta ciudad de Tesalónica había una sinagoga a la que Pablo se dirigió para exponer conforme a las Escrituras que Jesús era el Cristo, y las mismas Escrituras confirmaban la necesidad de Su muerte expiatoria y Su resurrección. El apóstol dice que a pesar de haber padecido y sido ultrajados en Filipos “tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el Evangelio de Dios en medio de gran oposición” (1 Tesalonicenses 2:2).

Su primera estancia en Tesalónica tampoco resultó fácil para estos mensajeros del Evangelio. Pero podemos leer que “gran número de griegos y mujeres nobles, no pocas” (v. 4), creyeron con algunos judíos.

Sin embargo este fue el detonante que encendió los celos de los judíos que no habían creído y promovieron un gran alboroto en la ciudad sobornando a gente ociosa, para apresar a los discípulos que se hospedaban en la casa de Jasón, pero al no hallarlos trajeron ante las autoridades a Jasón y a algunos hermanos.

La acusación era clara: Estos dicen que hay otro rey, Jesús, y eso contradice la autoridad del César. Pero el Señor no permitió que las cosas fueran a más, y después de obtener una “fianza de Jasón y de los demás, los soltaron” (v. 9)

Pablo les recuerda a los creyentes tesalonicenses que recibieron la Palabra de Dios “en medio de gran tribulación y con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia ” (1 Tesalonicenses 1:2s).

Esa gran tribulación no fue obstáculo alguno para divulgar la Palabra de Dios por toda aquella región. Porque Pablo estaba informado de que en todas partes contaban “cómo os habéis convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a Su Hijo”.

Incluso Pablo compara esta naciente iglesia con las iglesias de Judea, ya que aquellos como vosotros “habéis padecido de los de vuestra propia nación”.

En Berea “entraron en la sinagoga de los judíos. Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la Palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (v. 11).

Parece como si el Señor quisiera darle a sus discípulos un pequeño respiro, después de salir de noche de Tesalónica, y llegan a Berea, cuya sinagoga no era hostil a la Palabra que ellos les anunciaban. Antes bien con “toda solicitud escudriñaban” las Escrituras para ver, si concordaba con ellas, lo que estos hombres de Jesús les anunciaban. Esta sabia manera de comprobar con las mismas Escrituras el mensaje evangélico produjo abundantes frutos. Pues “creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres” (v. 12).

Este ha de ser un gran ejemplo para nosotros hoy y siempre. Nunca deben de ser nuestros razonamientos los que comprueben la autenticidad de un mensaje sino “el escudriñar las Escrituras”. Es una lección perenne para toda iglesia y para todo creyente en nuestra relación con los demás; siempre nuestro diálogo tiene que estar basado en las Escrituras. Si ese diálogo no lo basamos en la Palabra de Dios, sino en otros escritos o en otros mensajes, nos llevará a la división entre nosotros mismos y no a Cristo en la unidad de la fe.

Hoy como entonces los que no admiten ese diálogo sincero a la luz de la Palabra de Dios, encienden la antorcha de la discordia para imponer las rancias y trasnochadas normas que ahogan todo diálogo según las Escrituras. Así Pablo, una vez más, cuando llegan a Berea los que empuñaban la antorcha de la rancia tradición religiosa, tiene que salir de Berea rumbo a Atenas.

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay siendo el Señor del cielo y de la tierra no habita en templos hechos por manos humanas ni es honrado por manos de hombres como si necesitase de algo; pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (v. 24-25).

Pablo comprobó en Atenas a qué grado de idolatría había llegado el hombre con su propia sabiduría. Se encuentra en una ciudad que ha sido la fuente de la filosofía y la cuna del pensamiento occidental. Pero toda esa filosofía y sabiduría no sacó al hombre griego de las cavernas de la más absurda idolatría ni al hombre occidental del más rancio materialismo y hedonismo. Lo sorprendente es que el llamado “cristianismo humanista” echa mano de esa filosofía griega para explicar el cristianismo. Por eso tampoco nos sorprenderá que sus templos estén llenos de esos ídolos con los que el “espíritu de Pablo se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría” (v. 1). Pablo aquí no está hablando de nuestras ciudades hispanas que a diario nos presentan esa entrega a la idolatría, sino de la ciudad de Atenas del siglo I gobernada e iluminada por la gran sabiduría de los grandes filósofos.

La filosofía griega y el Evangelio de Jesús son incompatibles. La filosofía busca explicación a la vida del hombre desde el análisis de la realidad o desde la especulación racional. Sus principios se basan en las conclusiones lógicas de la razón.

El Evangelio de Jesús no nos presenta conceptos o conclusiones lógicas, sino a Alguien que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Ese Alguien es Cristo Jesús que es la Vida del hombre y la Luz del mundo. Sin esa Vida el hombre está muerto en el espíritu y sin esa Luz el hombre camina en las tinieblas de su propia mente.

Por eso Pablo les habla a los atenienses de un “Dios no conocido” para ellos. Nada de lo que habían imaginado con sus mentes y deseado con sus corazones tiene nada que ver con DIOS: Creador, Señor de cielos y tierra, no habita en templos hechos por hombres, ni necesita nada del hombre, porque Él da vida, aliento y todas las cosas a todos. A esta conclusión no podía llegar la gran sabiduría humana de los griegos. Su sabiduría y la imaginación de sus razonamientos se ahogaban en el pozo de la idolatría. El oro, la plata o la piedra eran los referentes en que plasmaban toda su imaginación artística sobre la Divinidad, pero que nada tenían que ver con el Hacedor y Creador, Dios Eterno.

Los mismos tesalonicenses daban testimonio de que se habían convertido de esos ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero. Esos ídolos eran piedra o metal muerto y mentira de la propia imaginación.

Este discurso de Pablo ante aquellos sabios o curiosos atenienses no tuvo el fruto deseado por él. Tal vez esa sea la causa por la que Pablo, cuando escribe a los corintios, dice: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Éste crucificado (1 Corintios 2:2,4), ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría... para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

Por eso los atenienses cuando oyeron hablar a Pablo sobre la resurrección de los muertos se burlaban porque eso no tenía lugar en los fundamentos de su sabiduría humana. Sólo la fe en el poder de Dios podía aceptar la resurrección de los muertos. Una fe fundada en la sabiduría de los hombres jamás aceptaría la resurrección de los muertos. Pero hoy muchos, que se proclaman grandes líderes cristianos, nos quieren convencer del fundamento de la sabiduría humana para armonizar la fe y la razón.

Y para hacerlo más académico lo titulan “Fides et Ratio” (Fe y Razón). Pablo en Atenas vio que los filosóficos razonamientos (la Ratio) de aquellos sabios atenienses los llevó a una multiforme idolatría; sólo la fe en Cristo les volvió al Dios vivo y verdadero. Es un astuto engaño querer fundamentar la fe en la sabiduría de los hombres, y no única y exclusivamente en el poder de Dios mediante la gracia de Cristo.

Tampoco debemos olvidar que la iglesia de Cristo, que es el templo del Espíritu, siempre ha tenido que luchar contra esos hombres que todo lo quieren filtrar por medio de su “ratio”. La iglesia de los tesalonicenses, es un ejemplo de ello, con la gran inquietud que existía acerca de sus muertos. Pablo les tiene que decir: “Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron con Él... Quien murió por nosotros para que ya sea que **vemos** (vivamos en el cuerpo) o que **durmamos** (estemos muertos en el cuerpo), **vivamos juntamente con Él**” (1 Tesalonicenses 4:14; 5:10).

Ante todo esto debemos seguir el consejo de Pablo y no dejarnos mover del amor a la verdad, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta o encíclica como si esa fuese la Palabra de Dios. Pues Dios nos llamó por el Evangelio de Jesucristo “para salvación, mediante la santificación del Espíritu y la fe en la verdad”.

Estad firmes y retened la Palabra.

CRISTO PODER DE DIOS Y SABIDURÍA DE DIOS

HECHOS 18

“Pablo estaba entregado por entero a la predicación de la Palabra, testificado a los judíos que Jesús era el Cristo” (v. 5).

Encontramos al apóstol Pablo en Corinto, una vez que había dejado atrás la gran ciudad de Atenas, cuna de la filosofía. En esta ciudad, Pablo no se encontró cómodo entre tanto filósofo y disputador sobre la sabiduría. Por eso el apóstol en su primera carta a esta iglesia de Corinto se interroga: “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Corintios 1:20,21). Pablo no se presenta en Corinto con una suma de conceptos filosóficos, sino que presenta a Alguien, a “Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24).

Esta obra la empieza junto a un judío llamado Aquila venido de Italia con su mujer Priscila, Pablo al tener el mismo oficio que Aquila trabajaban juntos, y los días de reposo anunciaba en la sinagoga la salvación en Cristo. Este mensaje de salvación no era devaluado porque el mismo Pablo tuviera que trabajar con sus manos para atender a sus necesidades. Tal vez esto nos ayude a desmitificar formas de conducta que nada tienen que ver con la cruda realidad de anunciar el Evangelio de Jesucristo. A veces queremos encuadrar a los que predicán la Palabra en unas formas amaneradas que nada tienen que ver con el poder de Dios ni con la vida real del resto de los mortales. Pablo como rabino tenía su oficio para costear sus gastos, y anunciar libremente el puro evangelio de Jesucristo a judíos y a griegos, aunque para unos fuese tropezadero y para otros locura. Pablo no se apoya en la sabiduría de palabras para anunciar el Evangelio. La razón que da para tal actitud, es que no quiere que se haga vana la cruz de Cristo. Ni que la fe de los corintios esté fundada en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios, que es Cristo en el que cree.

“Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo limpio; desde ahora me iré a los gentiles” (v. 6).

Pablo recuerda al profeta Ezequiel 33:4s, y no se hace responsable de la actitud negativa y agresiva con la que los de la sinagoga negaban que Jesús era el Cristo. A pesar de todo, Pablo no se aleja de la sinagoga, ya que se queda en casa de uno llamado Ticio Justo junto a la sinagoga.

Vemos que algunos de los más eminentes judíos creyeron en el Señor, es el caso de Crispo, siendo una de las pocas personas que Pablo dice haber bautizado (1 Corintios 1:14). Pero no sólo creyó él sino también toda su casa, Y muchos otros corintios, a pesar de la oposición de la sinagoga, creían y eran bautizados. Así aquellos judíos que no creyeron se hacían responsables de la palabra del profeta: “su sangre será sobre su cabeza, el sonido de la trompeta oyó y no se apercibió”. Estos oyeron el anuncio de la buena nueva de salvación por boca de Pablo y no se “apercibieron”, no creyeron. Se hacen responsables de que la sangre de Cristo no les limpie de todos sus pecados sino que les condene por su incredulidad.

“El Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas sino habla y no calles; porque YO estoy contigo....” (v. 9,10).

El mismo apóstol de los gentiles necesita que su Maestro le anime a hablar y no callar, después del rechazo sufrido en la sinagoga. Es natural que el temor aflore en sus sentimientos al ver la cercanía de todos aquellos que se oponían a la salvación en Cristo. Por eso Jesús le susurra en lo más íntimo de su alma: “Yo estoy contigo”. Esta presencia del Señor es el gran argumento que tiene Pablo para romper con todos sus miedos y temores, hasta exclamar: “¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!” (1 Corintios 9:16). Habla y no calles, le dice el Señor, “porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad”. Tal vez las circunstancias sociales y éticas de aquella portuaria ciudad pusiesen en el ánimo de Pablo un cierto temor, y la velada intención de irse a otra parte.

Pero el Señor le descubre su secreto: “tengo mucho pueblo en esta ciudad”.

El apóstol no se hace rebelde a este propósito del Señor, “y se detuvo allí un año y seis meses”. Todo este tiempo se dedicó a “enseñarles la Palabra de Dios”. Allí se formó una iglesia muy importante, como lo podemos ver por las cartas que el mismo Pablo escribe a esta iglesia. También es cierto que hubo serios problemas de conducta y doctrinales, pero que no anulaban el “mucho pueblo” que tenía el Señor en esa ciudad. Pablo pudo comprobar lo que el Señor le había descubierto, por eso en sus cartas no duda en llamarlos “santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, e iglesia de Dios en Corinto”. Y esto a pesar de todas las dificultades y fallos que esa iglesia tuvo.

“Y llegó a Éfeso,... y entrando en la sinagoga discutía con los judíos, los cuales le rogaban que quedase con ellos por más tiempo” (v. 19,20).

El Señor le había dicho a Pablo que “ninguno pondrá la mano sobre ti para hacerte mal”. Esto lo pudo comprobar el apóstol cuando los judíos lo llevaron ante el tribunal del procónsul. Pero éste no quiso saber nada de sus leyes religiosas y los echó del tribunal, Y los mismos griegos se volvieron en contra de los de la sinagoga. La estancia de Pablo en Corinto fue un constante comprobar que el Señor obraba en los llamados y estaba con él. Por eso no es de extrañar que en su primera carta a los Corintios en el capítulo trece cante de una manera tan sublime al amor. Pablo dio por concluida esta estancia en Corinto para viajar a Jerusalén haciendo un alto en Éfeso, hasta esta ciudad le acompañó el matrimonio Aquila y Priscila. Es una de las pocas veces que los judíos “le rogaban que se quedara con ellos por más tiempo”. Pero él no aceptó tal propuesta, comprometiéndose a regresar nuevamente.

Nos puede parecer incoherente la actitud del apóstol al desaprovechar esta gran ocasión de hablar por más tiempo a esos judíos. Pero es normal en la vida de este apóstol ver actitudes que a nosotros nos parecen ilógicas, y sin embargo están totalmente de acuerdo con el plan del Señor.

La lógica es uno de los argumentos que Pablo nunca utiliza, porque como el mismo dice, no quiere que se haga vana la cruz de Cristo con sabiduría de palabras, aunque es consciente de que esta cruz es locura para la sabiduría de los griegos y tropezadero para los judíos. Nos dice que su predicación no está basada en la excelencia de palabras ni de sabiduría. Su propósito estaba claro al anunciar el testimonio de Dios,

no divagar sobre las teorías de la sabiduría de este mundo, sino anunciar sólo a Jesucristo, y Éste crucificado. Para que en ningún caso la fe de esos hombres, fuesen judíos o griegos, “estuviese fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:5).

Ese poder y esa sabiduría de Dios es Cristo para todo aquel que cree. También nos advierte que el hombre natural no puede percibir estas cosas que son del Espíritu de Dios.

Nuestra pascua es, Cristo

Pero Cristo también es nuestra pascua que fue sacrificada por nosotros. Es el Cordero inmolado por todos nosotros y que quita el pecado del mundo. Y nos ha dejado como memorial de esa muerte pascual la “Cena del Señor”, porque cuando comemos ese pan y bebemos esa copa la muerte del Señor anunciamos hasta que Él venga. Y si anunciamos su muerte también anunciamos su resurrección de entre los muertos.

Esto mismo se lo recuerda Pablo a la iglesia de Corinto en su primera carta. Y también les alienta a permanecer en esa esperanza cierta de la resurrección. Siendo Cristo, las primicias de esa resurrección, y luego todos aquellos que somos de Cristo en su venida, “y así como hemos traído la imagen del (hombre) terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15:49).

Pablo tiene muy claro que no merece la pena perder el tiempo en estas cuatro cosas corruptibles durante el tiempo de nuestra morada mortal, sabiendo que esto corruptible, nuestro propio cuerpo, será vestido de incorrupción y esto mortal será vestido de inmortalidad. Hacia esta bella y sublime realidad es a la que Pablo quiere miren aquellos corintios que habían creído y aceptado a Cristo como su único y personal Salvador. Y esta misma bella realidad sigue siendo tan válida para nosotros hoy como lo fue para los Corintios de ayer.

Esta esperanza viva en la obra que el Señor consumó para nosotros en la cruz del Gólgota y que también consumará totalmente en nosotros en Su venida, tal como nos ha sido revelado, nos tiene que llenar de alegría y de motivación para permanecer fieles al que es Fiel y Poderoso para hacer todo lo que ha prometido. Y mientras estamos en este cuerpo mortal vivamos por fe, pues “el que nos hizo para esto mismo es Dios, Quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Corintios 5:5).

EL FANATISMO DE LA IDOLATRÍA

HECHOS 19

¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? (v. 2).

Pablo cumple la promesa que había hecho a los judíos en la sinagoga de Éfeso, cuando venía de Corinto rumbo a Jerusalén. Después de pasar algún tiempo con la iglesia de Antioquía, partió para recorrer la región de Galacia y de Frigia, y llegó a Éfeso. Allí se encuentra con ciertos discípulos, a los cuales pregunta: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Pablo les considera discípulos, pero no deja de sorprendernos la pregunta que les hace. Para este apóstol no estaba muy clara la actitud de estos “llamados discípulos”, de ahí su cortante pregunta. Pero no es menos sorprendente la respuesta de estos hombres: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (v. 2). ¿Cómo puede ser - se interroga Pablo -, que seáis discípulos de Cristo? “¿En qué, pues, fuisteis bautizados” (v. 3), si no conocéis que el Espíritu mora en vosotros? El Mismo Jesús había dicho: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque **mora** con vosotros, y **estará en vosotros**” (Juan 14:16,17).

Esta también es una gran pregunta para todos los que nos gusta llamarnos “discípulos de Cristo”. Tal vez hayamos perdido mucho tiempo en discutir sobre el bautismo de agua, e incluso éso nos ha llevado a amargas y tristes disputas y divisiones. ¿No será esta una razón para hacernos también destinatarios de la pregunta que Pablo hace a aquellos “discípulos” de Éfeso?

Pues ellos respondieron a Pablo que estaban bautizados con el bautismo de agua de Juan Bautista. Pero el precursor había dicho claramente:

Mateo 3:11: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí...Él (Jesús) os bautizará en Espíritu Santo y fuego”.

Marcos 1:8: “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero Él (Jesús) os bautizará con el Espíritu Santo”.

Lucas 3:16: “Yo a la verdad os bautizo en agua;...Él (Jesús) os bautizará en Espíritu Santo y fuego”.

Juan 1:26,33: “Juan respondió: Yo bautizo con agua... y el que me envió a bautizar con agua, Aquel me dijo: sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre Él, Ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”.

Hechos 1:5: Jesús les dijo, “porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”.

Todos estos textos nos pueden hacer ver que tal vez hemos sido más discípulos de

Juan Bautista por su bautismo con agua, que de Aquel que bautiza con el Espíritu Santo. Por eso es de urgente necesidad que respondamos personalmente a la pregunta que Pablo hace a estos doce hombres de Éfeso. ¿Por qué? porque aún es tiempo de creer y aceptar a Jesús como mí personal Salvador, “ a fin de que por la fe recibamos la promesa del Espíritu” (Gálatas 3:14).

Pablo después ve confirmada en estos discípulos la promesa del Espíritu Santo, pues comprueba que los dones del Espíritu se manifiestan en ellos. Por espacio de dos años continuó la predicación del Evangelio en esta ciudad.

“Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo” (v. 13).

“A Jesús conozco, y sé quien es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?” (v. 15).

Este pasaje nos da cuenta de la actitud de aquellos que hablan de Jesús sin conocer a Jesús. Esta actitud tiene siempre fatales consecuencias tanto para esa persona como para su prójimo.

Un claro ejemplo de ello son esos siete exorcistas ambulantes hijos de un judío, jefe de los sacerdotes. Ellos no creían en Jesús, sólo hablaban de oídas, y con estas armas se atreven a conjurar a los espíritus malos. La respuesta por parte del espíritu malo no se hace esperar. El hombre en quien estaba el espíritu malo, pregunta: ¿quiénes sois vosotros?, y saltó sobre ellos, quienes huyeron desnudos y heridos (v. 16).

Es muy distinta la actitud de esos espíritus ante Jesús, pues clamaban: “¿Has venido para destruirnos? Sé quien eres, el Santo de Dios. Pero Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él” (Marcos 1:24).

Hay muchos que recogen la información que reciben sobre Jesús como una aportación que ayuda a su oficio religioso, pero que nada tiene que ver con un conocimiento personal y vivencial por medio de la fe en Jesús como su Salvador personal y total. Si no quieres verte “desnudo y herido” ante el enemigo mortal de tu alma, procura tener respuesta a esa su pregunta: ¿quién eres tú?, o formulada de otra manera: ¿eres un simple oficiante religioso que como esos exorcistas vas por la vida anatematizando demonios y conductas morales, o es Cristo el que vive en ti?

Ese espíritu malo sabía también quien era Pablo, y el apóstol dice: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gálatas 2:20).

La clave de tu salvación no está en tu oficio religioso o en tu actitud moral, sino en Cristo que vive en ti y Él deshace las obras del diablo. Por eso la Palabra nos dice: “Cristo apareció para quitar nuestros pecados. Todo aquel que permanece en Él no peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:5-8).

Ese encuentro personal con Cristo por medio de la fe, te lleva a dejar todo oficio religioso o de magia como le sucedió a muchos de los efesios que habían creído en Jesús, y “magnificaban el nombre del Señor Jesús... y prevalecía poderosamente la Palabra del Señor” (v. 17,20).

“Pero veis y oís que este Pablo... ha apartado a mucha gente con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos” (v. 26).

El mensaje del Evangelio entra en conflicto con la idolatría que reinaba en la ciudad de Éfeso, ya que era guardiana del templo de la diosa Artemisa (v. 35). El nombre de esta diosa era el equivalente a la diosa Diana en la mitología romana. La idolatría siempre está manipulada por bajos intereses lucrativos, que aprovechan el fervor religioso popular para hacer crecer el poder religioso de sus líderes y el bienestar económico. Sobre estas dos bases, poder y dinero, se asienta el fanatismo despiadado que defiende la idolatría.

La ciudad de Éfeso es un ejemplo que nos confirma todo esto. El Evangelio de Jesucristo que predicaban Pablo y los otros discípulos dejaba fuera de lugar al mismo templo de la diosa Artemisa, como ya habían quedado en las cenizas todos los libros sobre la magia de los que habían creído (v. 19).

El platero Demetrio estaba comprobando que muchos de sus conciudadanos consideraban los templecillos de la diosa Artemisa como pura fantasía. Incluso escuchó decir que no eran ni dioses, lo que él, como sus compañeros de oficio, hacían con sus manos.

Este fue el gran argumento que pudieron utilizar ante la muchedumbre para defender su oficio de hacedores de idolatría, al grito de :”¡Grande es Artemisa (Diana) de los Efesios!” (v. 28).

Cuando uno mira sobre la geografía de nuestros países y ve la multitud de templos dedicados a la que llaman: Reina del cielo o a otros “santos”, uno se pregunta, si no es el mismo espíritu de idolatría el que reina en estas ciudades y pueblos que el que imperaba en la ciudad de Éfeso.

Allí en Éfeso los gentiles, que aceptaban a Jesús como su único y perfecto Salvador, consideraban ese templo como lugar sin Dios, porque lo que se hace con las manos o la imaginación del hombre no son dioses ni “santos” sino idolatría.

Pero resulta que muchos de los que hoy se llaman “cristianos” levantan templos a los “santos y vírgenes”, hechos por manos de hombres para darles culto. Esto para los creyentes de Éfeso con Pablo y los otros discípulos era pura idolatría según el Evangelio de Jesucristo.

En la salvación de Jesucristo, que es por gracia por medio de la fe, no caben esos templos dedicados a las “vírgenes y a los santos”. Esas obras de idolatría nada tienen que ver con la única y perfecta OBRA DE SALVACIÓN de Cristo Jesús.

Y los que practican el culto a las “vírgenes” y a los “santos” son tan idólatras como aquellos efesios que tributaban culto a la diosa Artemisa.

No busquemos otros nombres para salvarnos. ¿Por qué? “Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Sólo JESÚS, y en ningún otro hay salvación.

LA IGLESIA ES PROPIEDAD DE CRISTO

HECHOS 20

“Sirviendo al Señor con humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas... y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas” (v. 19-20).

Pablo había permanecido por espacio de dos años en Éfeso y después del alboroto de los hacedores de templecillos de la diosa Diana con Demetrio a la cabeza, decide partir para Macedonia con dirección a Grecia, aquí permaneció tres meses. Le acompañaban un grupo de discípulos, que Pablo enviaba como adelantados de su visita a cada iglesia. De regreso por Macedonia a Troas permanecieron siete días con los hermanos. Aquí se nos muestra cómo, el primer día de la semana, partieron el pan con los hermanos, y Pablo prolongó su discurso de despedida hasta el alba.

Un hecho especial en este capítulo es el encuentro con los ancianos de Éfeso en Mileto, aunque Pablo decide no pasar por Éfeso, no quiere dejar de despedirse de esta iglesia.

Recuerda Pablo, a estos ancianos de la iglesia, su conducta entre ellos, para que imiten su actitud en el servicio de la iglesia con humildad, buscando siempre lo que sea útil para la iglesia, anunciando la sana doctrina y exhortando en público y por las casas; aunque esto a veces nos cueste lágrimas.

“Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (v. 21).

Pablo tiene muy claro que el arrepentimiento para con Dios alcanza tanto a judíos como a gentiles (el mundo no judío). Y es necesario que tanto los unos como los otros se arrepientan de su actitud para con Dios, y se vuelva a Él por medio de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Si alguien no toma el CAMINO, que es Cristo, jamás encontrará al Padre. Ya que Jesús mismo nos dice: “Nadie viene al Padre, sino por Mí” (Juan 14:6). No hay otro refugio donde encontremos el arrepentimiento que nos lleva al Padre, sino sólo en Cristo.

“Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios” (v. 24).

Pablo les muestra a los ancianos de Éfeso, cuál es la garantía de un buen servicio a la iglesia: el que no estimen preciosas sus vidas para ellos mismos. Lo contrario será siempre un obstáculo insalvable para desempeñar con gozo ese ministerio en la iglesia del Señor. Cuando un anciano estima preciosa su vida para sí mismo, hace vano en su boca el testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Uno no puede dar testimonio de la gracia y al mismo tiempo estimar preciosa su vida para sí mismo. Pero esto no se aprende por mandato o por un compromiso, sino que es don de Dios, como la misma gracia de la que se testifica.

El testimonio no es un hablar de lo aprendido, sino una vivencia íntima de fe con la

Persona de Jesús, por quien nos vino la gracia y la verdad.

El ministerio que Pablo había recibido del Señor, no es otro, que el dar con su propia vida testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

“Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual el ganó con su propia sangre”

(v. 28).

La función del anciano es mirar por el rebaño, sin dejar de mirar por sí mismo, no sea que caiga. Este no es un cargo que se pueda comprar con dinero o con títulos concedidos por alguna facultad religiosa. Eso sólo es facultad y don del Espíritu Santo, el poner vigilantes, cuidadores del rebaño. Eso es lo que significa “episcopos” en griego, de cuya palabra se deriva nuestro vocablo obispo. Con el tiempo el obispado se convirtió en un cargo eclesiástico que a veces se compraba con dinero o con los servicios prestados a la iglesia. Pero en ambos casos se dejaba de lado al Espíritu, aunque se invocara en la liturgia para tal acontecimiento.

Pablo advierte a los ancianos de Éfeso del peligro que corren de olvidarse de que fue el Espíritu Santo, quien les ha puesto por vigilantes (episcopoi) del rebaño y del servicio que deben prestar a la iglesia del Señor. Porque esa iglesia es propiedad del Señor, “la cual Él ganó con su propia sangre”.

“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (v. 29-30).

Pablo pone en alerta a los ancianos en su vigilancia sobre la iglesia para que no permitan la entrada en el redil a los lobos que destruyan y dispersen al rebaño. El apóstol sabe que eso va a suceder, por eso es necesario que los ancianos velen día y noche, y así sean ahuyentados los lobos merodeadores.

Pablo va aún más lejos en su palabra profética, al afirmar que de entre los mismos ancianos habrá algunos que hablen “cosas perversas para intentar arrastrar tras sí a los discípulos”, en vez de llevarlos permanentemente a Cristo.

El centro y núcleo de la iglesia es Cristo. Cuando un anciano o pastor intentan arrastrar tras sí a los miembros de la iglesia, están negando la verdadera función que el Espíritu Santo puso en los ancianos para apacentar la iglesia, “la cual el Señor ganó con su propia sangre”. Hay personas que se mueven dentro de la iglesia como si fuese de su propiedad, y olvidan que esa iglesia es propiedad de Cristo.

Uno de los errores contra el que Pablo nos quiere prevenir, es el de no confundir el anciano o pastor con el Salvador: Éste es Fiel y Verdadero; los ancianos o pastores pueden “hablar cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”.

“Por tanto, velad,... Y ahora hermanos os encomiendo a Dios, y a la Palabra de Su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santos”

(v. 32).

La actitud del anciano o pastor ha de ser la de velar a la luz de la Palabra de Dios en oración, para que no salgan de su propia boca cosas perversas que confundan a los

fieles, y para saber discernir los espíritus de aquellos que sólo pretenden llevar tras sí a los llamados.

Pablo tenía muy claro que el Evangelio es poder de Dios para salvación a todo el que cree. Por eso recuerda aquí a los ancianos de Éfeso que el Evangelio de la gracia tiene poder para sobreedificar al que es de la fe de Cristo Jesús. Bajo ese poder de la Palabra de la gracia de Dios deja Pablo a esta iglesia con los ancianos, a quienes de viva voz les encarece que permanezcan fieles y vigilantes, para que ese poder de sobreedificación se dé en ellos y en toda la iglesia, y sean también herederos con todos los santificados en Cristo.

EL PECADO NOS DIVIDE SÓLO CRISTO NOS UNE

HECHOS 21

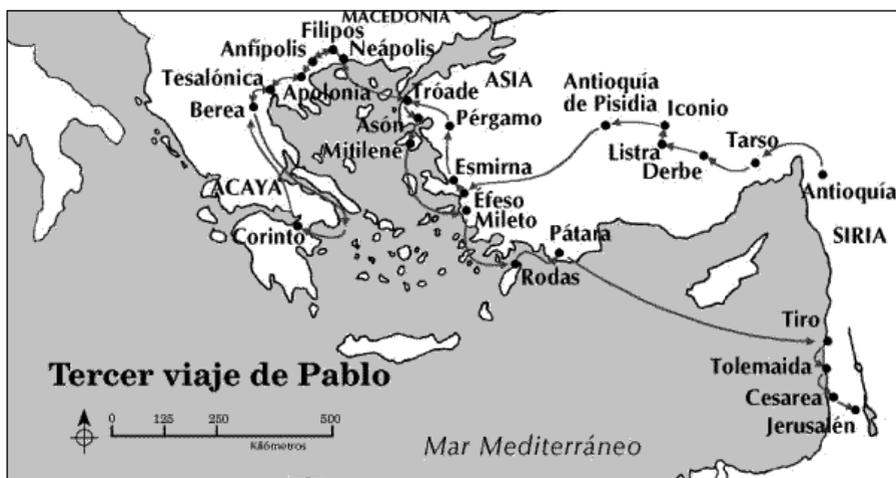
“Cumplidos aquellos días, salimos, acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos” (v. 5).

Este capítulo nos quiere dar a conocer la actitud de fe de los creyentes en distintos lugares por los que pasaban Pablo y sus colaboradores rumbo a Jerusalén. El barco en el que navegaban fondeó en Tiro. Pablo y los suyos buscaron a los discípulos que había en aquella ciudad y, una vez hallados, se quedaron con ellos siete días. Estos cristianos actuaban con la naturalidad del Espíritu en su convivencia personal. Su vida era una manifestación del amor que el mismo Espíritu derramaba en sus corazones, y a la vez el Espíritu anunciaba por boca de ellos las cosas que le esperaban a Pablo en Jerusalén, al mismo tiempo lo rodeaban con ese amor sincero en el que estaban comprometidos ellos, sus mujeres y sus hijos. Ese poder del Espíritu le hace salir de la ciudad hasta la playa y postrados sobre la arena oraron todos juntos en un mismo Espíritu al Padre. Esta actitud de amor fraternal no era un privilegio de aquel pequeño grupo de creyentes de Tiro, sino que era la misma vida de Cristo que se manifiesta en todo lugar que hay hombres y mujeres que le aceptan como su personal y perfecto Salvador. Los frutos de esa fe son el amor fraternal, la hospitalidad, la unidad en la oración y la espontaneidad en la vida de fe sin condiciones ni prejuicios. Su vida de fe era permanente y comprometida en medio de la sociedad en que vivían. Estas iglesias no estaban sujetas a ninguna fórmula religiosa, que le hubiese impuesto el predicador de turno, eran libres en Cristo y abiertas a todo aquel que era de Cristo, sin distinción de color, nación o lengua. Esto lo vivieron con su experiencia Pablo y los otros discípulos que le acompañaban en este viaje a Jerusalén. De Tiro salieron para Tolemaida, y allí pudieron comprobar la misma fe de los hermanos en Cristo sin diferencias ni condiciones.

“Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Éste tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban” (v. 8).

Habían pasado más o menos 18 o 19 años de la muerte del diácono Esteban, de cuya muerte el mismo Pablo era consentidor como perseguidor de la iglesia. Ahora se encontraba posando en la casa de Felipe, uno de los siete diáconos de la iglesia de Jerusalén, compañero del apedreado Esteban. La persecución que se levantó contra la iglesia de Jerusalén, a raíz de la muerte de Esteban, fue la causa de que Felipe dejara la función de diácono de esa iglesia y fuese evangelizando por distintas ciudades hasta llegar a Cesarea. Aquí permanecía como evangelista con su familia, también creyente, y además sus mismas hijas profetizaban. Esto no era algo anormal, antes bien era el cumplimiento de la promesa del Señor por boca del profeta Joel: “En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán” (Hechos 2:17). Ahora la función principal de Felipe era la de evangelista, pero no había olvidado su diaconado como servicio a los demás

miembros de la iglesia de Dios, aunque alguno de estos en otro tiempo fuera uno de los causantes de mucho sufrimiento para esa iglesia. Pero el Señor conoce los corazones y los tiempos de cada uno. Ahora era Pablo el que por todas partes tenía que escuchar de boca de sus perseguidos, en otro tiempo, lo que el Espíritu le decía que iba a sufrir. Pero Pablo estaba dispuesto a terminar su carrera con gozo, porque “ya no estimaba preciosa su vida para sí mismo” (como antes hacía persiguiendo a los que no aceptaban sus leyes de fariseo), su meta ahora es dar “testimonio del Evangelio de la gracia de Dios”, incluso a costa de su propia vida. Este era el Pablo que Felipe recibió en su casa, un hombre nuevo en Cristo que antes había sido un viejo fariseo. Ya no podía haber el más mínimo rencor o recelo entre ellos, ambos habían bebido del mismo Espíritu y habían sido lavados con la misma sangre de Cristo, y respiraban el mismo amor.



“Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”.

Los compañeros de Pablo también escuchaban lo que el Espíritu decía por boca de aquellos hermanos de las distintas iglesias. Ellos sabían por propia experiencia que se cumpliría lo que el Espíritu anunciaba; por eso intentan persuadir a Pablo de que no suba a Jerusalén, incluso con lágrimas en los ojos. Sus lágrimas no eran muestra de debilidad sino un testimonio de la certeza que tenían en lo que el Espíritu anunciaba. Es muy importante en la vida de los creyentes sentir el calor y el amor de los hermanos en la verdadera fe, pero procurando siempre no poner tropiezo, con ese consuelo, en el camino que el Espíritu quiere que transitemos cada uno de nosotros en

cada momento de nuestras vidas. Porque de lo contrario ese calor humano se transforma en angustia de espíritu para aquel a quien queremos consolar. Todo nuestro apoyo y consuelo hacia el otro tiene que nacer de la fe que obra por el amor, escuchando en todo momento lo que dice el Espíritu.

Pablo como fariseo estaba dispuesto, y así lo hizo, de acabar con la vida de aquellos que seguían el CAMINO en la sola fe. Ahora el Señor quiere que él mismo esté dispuesto a dar ese testimonio que antes había visto en aquellos hombres y mujeres que él perseguía. Y Pablo responde: “estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”. Aquel poder y aquella fuerza que Pablo admiraba en sus perseguidos, ahora la siente en sí mismo y está dispuesto a morir para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Ante tal actitud un creyente sólo puede susurrar: “Hágase la voluntad del Señor”. Esto es algo que jamás debemos olvidar, tanto en nuestras alegrías como en nuestras tristezas, en la enfermedad o en la salud, en la escasez o en la abundancia. Porque nuestra comida, al igual que el Hijo de Dios, es hacer la voluntad del Padre.

“Cuando llegamos a Jerusalén los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos” (v. 17-18).

En la iglesia apostólica, era algo espiritualmente normal que los hermanos en la fe recibiesen con gozo a los que venían a visitarlos trayendo el Evangelio de la gracia. Es algo que deberíamos tener siempre en cuenta, cuando visitamos a alguien o somos visitados por alguien. No tendríamos que ser tan olvidadizos, y hacer caso al consejo que nos da el apóstol Juan: “Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina (la doctrina de Cristo = el Evangelio de la gracia), no le recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! (2 Juan :10).

En los tiempos que corremos parece darse el caso contrario. Si alguien anuncia el Evangelio de la gracia sin leyes de iglesia ni tradiciones de hombres, se le mira con recelo y su presencia no es motivo de gozo. Pero si alguien llega a una iglesia, y comienza a ensalzar sus tradiciones y las normas, que le han impuesto sus fundadores, con las que a veces ocultan el verdadero Evangelio de la gracia, esos hombres son loados por los fieles devotos de sus tradiciones.

Pablo con sus compañeros reconoce que los hermanos de Jerusalén les recibieron con gozo. Pues les contaban como los gentiles y muchos judíos de la dispersión aceptaron el Evangelio de la Gracia de Dios.

El marcado carácter legalista de la iglesia de Jerusalén fue motivo de preocupación para Pablo y sus acompañantes en el ministerio de la gracia. Uno de los lugares donde deja clara esta preocupación, es en la carta a los Gálatas 2:11-17. No duda en tachar a algunas de aquellas personas de falsos hermanos, diciendo: “entran para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud”.

Este mismo problema le lleva a un enfrentamiento con el apóstol Pedro por su actitud condescendiente con los enviados de parte de Jacobo, “porque vi – dice Pablo - que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio”. Hoy en muchas iglesias esta actitud de Pablo, reprendiendo a un apóstol de Jesucristo, sería una arrogancia

intolerable. Pablo toma esa actitud, porque ningún hombre, llámese como se llame, puede añadir ni quitar nada a esa verdad del Evangelio, que está sellada y garantizada con la misma sangre de Cristo. Por lo tanto, cuando alguien no “anda rectamente conforme a la verdad del Evangelio”, sino que lo mancilla con las tradiciones u opiniones de los hombres, es de condenar.

Pablo, sin contemplación alguna hacia las leyes farisaicas que el mismo había defendido con gran celo, ahora afirma con toda contundencia: “Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, SINO POR LA FE DE JESUCRISTO, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley”.

Llevamos 2000 años de cristianismo y aún no hemos aprendido la lección. Quien divide a los cristianos es el pecado de los hombres que se llaman “cristianos”; el ÚNICO que une a los cristianos es CRISTO, porque es el ÚNICO que quita el pecado del hombre. Cuando alguien pretende fundamentar esa hermandad sobre otros fundamentos, como su forma de celebrar el culto, su manera de administrar los sacramentos o su organización eclesial, sólo conseguirá hombres de “religión”, pero jamás hombres creyentes en el Cristo viviente, que digan: “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gálatas 2:20).

EL EVANGELIO NO ES SEGÚN HOMBRE

HECHOS 22

“Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres” (v. 4).

En este capítulo, el apóstol Pablo narra su llamamiento por el Señor cuando él andaba persiguiendo a los que creían en Jesús “hasta la muerte”. Pablo, como fariseo celoso de las costumbres de su pueblo, educado a los pies del maestro Gamaliel, intenta buscar una defensa de su conducta apoyándose en las cartas que había recibido del sumo sacerdote y de los ancianos de Jerusalén para perseguir a los que creían en Jesús de Nazaret. Pablo pretendía mostrar a los maestros y celosos guardianes de la ley, que él mismo había sido uno de ellos, hasta que Alguien se cruzó en su camino de Damasco con esta pregunta: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (v. 7).

“Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y Él me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues”.

Pablo quiere convencer a sus antiguos maestros de que no fue una traición la que lo llevó a seguir ese Camino que antes perseguía, sino el encuentro personal con Jesús, que le hace ver la gran traición que estaba haciendo a la salvación, que Dios daba en Cristo a su pueblo. Porque el Camino que perseguía era, y es, el Camino de la vida, mientras su persecución celosa de la ley era un camino de muerte.

Pablo en carta a Timoteo reconoce ser un blasfemo, perseguidor e injuriador de este Camino, “pero la gracia del Señor Jesús fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1 Timoteo 1:13,14).

Nos puede parecer imposible que un hombre así de fanático y tan agresivo por su religión pueda tener un encuentro personal con Jesús. Pero este hombre cayó al suelo y escucha una voz que le llama por su nombre: Saul, Saul. Nada buscaba este Saul, sino acabar con todos los que aceptaban que Ése, que le llamaba por su propio nombre, vivía y era el Salvador personal de todo hombre.

Pablo, por hacer caso ciego a sus maestros religiosos, se estaba oponiendo frontalmente a la salvación de Dios, que él pretendía alcanzar por su propio celo religioso y las obras de la ley. Se tiene que encontrar con Jesús para ver que su camino no era un camino de muerte, para los que él perseguía y azotaba en las sinagogas, sino para él mismo como perseguidor de Jesús de Nazaret. Si alguna duda podía tener Pablo sobre la presencia de Jesús en los suyos, el Señor se lo aclara personalmente en su respuesta: “Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues”. Yo soy tu perseguido, Pablo, pero sin embargo tú eres la víctima. No son mis discípulos tus víctimas, sino las primicias vivas de mi propia muerte y resurrección.

“¿Qué haré, Señor? Levántate, y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas” (v. 10).

Pablo, una vez más, en su defensa ante los suyos reconoce claramente que fue el mismo Señor Jesús, quien le manda ir a Damasco, para recibir información de lo que

“está ordenado que haga”; y eso no era lo que le habían ordenado los sacerdotes y ancianos.

Pablo obedece sin más preguntas, y para ello tiene que ser ayudado por sus acompañantes para llegar a Damasco, pues sus ojos habían quedado deslumbrados por la “gloria de la luz” que le había rodeado en el encuentro con Jesús y no veía para poder caminar.

Tres días estuvo Pablo esperando en oración y ayuno a que se le dijera lo que tenía que hacer. El mensajero que el Señor envió fue su discípulo Ananías. Lo primero que Pablo recibió con su visita fue nuevamente su vista, y a la vez le aclaró el porqué de aquel encuentro con el Señor, con estas palabras:

“El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al justo, y oigas la voz de su boca” (v. 14).

Pablo, hasta ese día, había seguido la voluntad de los hombres que le habían enseñado, y él pensaba que esa era la voluntad del Dios de sus padres. Ahora escucha por boca del mensajero del Señor Jesús que ignoraba por completo la buena voluntad de Dios. Esa no era ni una elección de los hombres ni una elección personal, sino elección de Dios por pura gracia.

¿Qué méritos había hecho Pablo para ser elegido? ¿No deberíamos decir, que había hecho méritos para todo lo contrario? Por eso nadie como Pablo canta a la GRACIA como don gratuito de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús.

Tampoco nos debe extrañar que en carta a los Gálatas diga: “El Evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11,12).

Y en ese Evangelio que Pablo predica está muy claro, de cuál es la buena voluntad de Dios: Que Dios justifica gratuitamente por su gracia a los pecadores, mediante la redención que es en Cristo Jesús por medio de la fe (Romanos 3:24). Pablo, eso, no lo recibió ni lo aprendió de hombre alguno, sino que lo vio en su propia vida personal. Por eso sus argumentos no están basados en algo que otros le enseñaron o le transmitieron, sino en una comprobación personal del testimonio de Dios: “Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él... El que tiene al Hijo tiene la vida” (1 Juan 4:9; 5:12).

Tal vez tú sólo conoces de Jesús aquello que recibiste o aprendiste de otros, pero no puedes dar un testimonio personal de que tú conoces realmente a Jesús por Su obra en tu propia vida.

“Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de Mí... Vé, porque Yo te enviaré lejos a los gentiles” (v. 18,21).

La vida del creyente está llena de encuentros y desencuentros. Nunca nuestros razonamientos o nuestra propia opinión son argumentos válidos, para reemplazar lo que Dios quiere que hagamos en cada momento. Para Pablo era muy lógico y razonable que sus conciudadanos, sobre todos aquellos que habían vivido con él ese celo religioso por la ley y las tradiciones de sus padres, diesen oídos a su testimonio sobre el Señor Jesús. Porque de acuerdo con ellos había encarcelado y azotado en todas las sinagogas a los que creían en Jesús, incluso él también estaba presente en el apedre-

amiento del diácono Esteban y consentía en su muerte. La respuesta del Señor a los lógicos razonamientos de Pablo es contundente: “No recibirán tu testimonio acerca de Mí”. Sería una gran desilusión para Pablo, el ver, que sus correligionarios eran totalmente impasibles ante la evidencia del testimonio de su propia vida. Esto puede ser causa de desánimo en los que, un día como Pablo, fueron o son llamados por el Señor. Pero nuestros oídos tienen que estar atentos a la voz del Señor, para no naufragar en la amarga desilusión que nos puede causar esa radical negativa a recibir el testimonio que damos acerca de Jesús. Sin olvidar tampoco que, “el que es de Dios las palabras de Dios oye” (Juan 8:47).

El Señor tiene su plan con cada uno de sus llamados que, en la mayor parte de las veces, no concuerda con lo que nosotros podamos pensar o imaginar. Por eso es necesario vivir por fe en el poder del Espíritu, para no desviarnos en ningún momento de la verdad, que es Cristo nuestra vida. Si vivimos y estamos en Él, también nos acompañará siempre en los pasos que debemos seguir para hacer la voluntad del Padre en todo nuestro vivir.

A veces el camino que nos marca el Señor nos puede parecer absurdo, porque no encaja en nuestra manera de pensar o de vivir. Eso mismo pudo pensar Pablo, cuando el Señor dice que le enviará lejos a los gentiles. Esto era algo que no entraba en los planes de ningún fariseo, el que los gentiles fuesen partícipes de las promesas y salvación de Israel, y Pablo según sus propias palabras era un fariseo en cuanto a la ley (Filipenses 3:5). Pero él obedece a Jesús, aun en contra de su propia mentalidad religiosa, y es testigo de la gran obra de salvación que el Señor hace entre los gentiles y, también, entre judíos de las distintas naciones.

Y es capaz de preguntarles: “Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gálatas 3:5).

ESCUCHAR AL SEÑOR EN CADA MOMENTO

HECHOS 23-24

“Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de Mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma” (v. 11).

Este capítulo y el siguiente nos muestran la cruda realidad a la que Pablo se tiene que enfrentar por testificar de Cristo resucitado. Va a pasar dos años encarcelado en Cesarea en espera de ser juzgado como ciudadano romano. Este hecho era un grave contratiempo para sus adversarios, los sacerdotes y los fariseos, que querían juzgarle conforme a sus propias leyes religiosas para poner fin a su vida. Pero ese no era el plan del Señor con Pablo. Y ahí se ve la grandeza y la misericordia del Señor, que utiliza esos mismos adversarios para que Pablo llegue a Roma.

Los obstáculos, que pone el sumo sacerdote con todo su consejo de ancianos, se vuelven en su propia contra, al causar una profunda división la afirmación de Pablo, de que estaba siendo juzgado por aceptar y esperar la resurrección de los muertos (v. 6). Los saduceos, que eran el clan de los sacerdotes, no admitían la resurrección ni espíritu, sin embargo los fariseos más ceñidos a las Escrituras esperaban en la resurrección. La gran disensión que se produjo entre ellos fue el motivo para que el tribuno mandara sacar a Pablo de entre ellos y ponerlo a recaudo de sus amenazas.

Sólo el Señor nos podía decir, cómo se encontraba Pablo en ese momento, y la respuesta la tenemos en sus palabras que la noche siguiente le dice a Pablo: “Ten ánimo, Pablo, pues como testificaste de Mí en Jerusalén...”

Pablo necesitaba oír la voz de la boca del Maestro para tener ánimo entre todas aquellas pruebas que le rodeaban. Se sentía desfallecer y el Señor le dice: anímate, ten confianza porque es necesario que también testifiques de Mí en Roma. No era la primera vez que Pablo necesitaba sentir esa voz de ánimo en lo más íntimo de su alma. En la ciudad de Corinto tiempo antes había escuchado del Señor: “No temas, sino habla, y no calles; porque Yo estoy contigo...” (18:9). Las palabras del Señor tuvieron un efecto inmediato, pues Pablo se quedó en Corinto un año y seis meses. ¿Y qué hacía?: “Enseñándoles la Palabra de Dios”.

Otras veces el Señor le urge a que salga pronto de una ciudad, “porque no recibirán tu testimonio acerca de Mí” (22:18). Todo esto nos muestra que el Señor tiene una respuesta adecuada en cada momento y en cada circunstancia. Cuando programamos nuestra actitud y nuestras palabras para todo tiempo, estamos prescindiendo de lo más esencial: el escuchar al Señor en cada momento. Sin Él nuestro ánimo es debilidad, y nuestro valor es un angustioso temor. Pablo necesitaba, una y otra vez, que el Señor le diese ánimo y valor en espíritu. Y él escuchaba nítidamente esa voz de la boca del Señor, “palabra viva y eficaz que discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”, y a la vez hace vivir ese corazón para que sea eficaz en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

¡Cuántos ayunos y abstinencias no hemos hecho para que nuestros propios planes se cumplieren! Y al final vemos que Dios cumple su propósito, pero sin tener nada que

ver con nuestros pensamientos. ¿En cierto modo no nos parecemos a esos celosos judíos que pretendían dar muerte a Pablo?

“Algunos de los judíos tramaron un complot y se juntaron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo” (v. 12).

¿Qué voz escuchaban estos hombres? La voz de su propio celo religioso hecho tradición y cultura de su pueblo. Y sin embargo tenían el mismo Dios que Pablo, la misma ley y las mismas promesas. En esa misma contradicción se pueden encontrar muchos cristianos, ya sea como cómplices de ese complot de odio y agresividad contra todo aquel que proclama sin tapujos el puro mensaje del Evangelio de Jesucristo, o como Pablo, aborrecido por el testimonio que daba de Cristo resucitado y la obra de gracia que había hecho realidad en su propia vida mediante la fe. Estos sacerdotes y fariseos, un día, cómplices de Pablo en su persecución del Camino que ellos ahora seguían llamando herejía, le niegan el derecho a la vida, y a proclamar en público lo que ellos entienden por su tradición y religión de sus padres.

Algo parecido sucede con aquellos que un día recibimos por la fe la luz de la vida y nos apartamos de las tradiciones de la iglesia católica. Escuchamos en algún foro de internet, ¡en un clima tan ecuménico!, que nuestro testimonio es simple fantasía, e incluso alguno se atreve a negar nuestra propia existencia. Cuando alguien niega la misma existencia de unas personas que están dando testimonio de la obra de gracia que Cristo hace en ellos, tal persona nada tiene que ver con la verdad del Evangelio, y mucho con el “padre de la mentira”.

A Pablo no pudieron refutarle lo que les decía conforme a las Escrituras, porque era una obra de la gracia que él veía en su propia vida, por eso el único argumento que tenían era quitarle esa vida. Y hoy pasa lo mismo, contra la luz no hay raciocinio, o se mata (se apaga) o se deja que alumbre; o se niega su existencia, pero eso sólo lo puede hacer un ciego. Y si está ciego poco nos puede importar la descripción que él nos cuente de la luz. No ve. Eso mismo les pasaba a los que juzgaban a Pablo, no veían más allá de lo que palpaban de sus tradiciones o sentían de su celo religioso. Con esta ceguera se expresan en su acusación contra Pablo delante del gobernador Félix:

“Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos” (24:5).

De aquel que anuncia al pueblo el único antídoto contra la plaga del pecado (“en Cristo se anuncia perdón de pecados y es justificado todo aquel que cree” 13:38,39), se atreven a decir: “este hombre es una plaga y promotor de sediciones por todo el mundo”. Pablo era un mensajero de la paz de Cristo para todo aquel que le acepte como su único y perfecto Salvador. Así lo dice expresamente a los romanos: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

Era lógico que le tacharan de sectario, los que un día habían sido sus cómplices para perseguir a los discípulos de Jesús de Nazaret. Ahora Pablo era el perseguido, porque

vio realizada en su misma vida la obra salvadora de Cristo, que antes no comprendía y perseguía. Ese Camino, que Pablo seguía, era una herejía para sus antiguos compañeros fariseos (v. 14). Pero para Pablo ese Camino era Alguien, Cristo, la Vida y la Verdad. No se trataba de conocer una doctrina, sino de conocer al Maestro, a Jesús. En este caso no caben herejías, o le conoces personalmente a Él o no le conoces. A Pablo poco le importaba que le llamaran sectario o hereje, él sabía muy bien en Quien había creído, y tenía el testimonio en sí mismo, porque “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:10-12).

TESTIGO VIVIENTE DE LA OBRA DE CRISTO

HECHOS 25-26

“Entonces Festo dijo: Rey Agripa, y todos los varones que estáis aquí juntos con nosotros, aquí tenéis a este hombre (Pablo), respecto del cual toda la multitud de los judíos me ha demandado en Jerusalén y aquí, dando voces que no debe vivir más. Pero yo, hallando que ninguna cosa digna de muerte ha hecho, y como él mismo apeló a Augusto, he determinado enviarlo a él” (25:25-26).

Estos capítulos nos confirman las profecías que los creyentes habían anunciado acerca de la situación de Pablo en Jerusalén. Dos años antes, en casa del evangelista Felipe en Cesarea, donde ahora se encuentra en prisión, Pablo conocedor de lo que le esperaba, no duda en seguir su camino dispuesto a morir por el nombre del Señor. Pero el Señor no quería la muerte de Pablo sino que testificase de Él en Roma así como lo había hecho en Jerusalén, y ahora lo estaba haciendo en Cesarea. En nuestra vida de fe hay muchas cosas que se escapan a nuestra propia capacidad de comprensión, porque están por encima de nuestras previsiones según la mente del Señor. Un ejemplo de ello es todo lo que le está sucediendo a Pablo en su prisión de Cesarea, tal vez nos preguntemos, ¿cómo es posible que el Señor permita que, un hombre como Pablo, pueda estar durante dos años recluido en una prisión, siendo como era el apóstol de los gentiles? Una vez más tenemos que recordar las palabras del Señor por boca del profeta Isaías: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor” (Isaías 55:8).

El camino que el Señor quiere que siga Pablo rumbo a Roma nos puede parecer lleno de contradicciones y sembrado de trampas. Pero no debemos olvidar que sólo así podía entrar Pablo a dar testimonio de Cristo en esos profundos laberintos religiosos de su pueblo. Por eso aunque el sanedrín ponga todo su empeño en destruir a Pablo, el Señor lo tiene a recaudo de sus asechanzas en una fortaleza romana, en espera del tiempo que ha de ir a Roma.

El nuevo gobernador de Judea, Festo sucesor de Félix, busca un argumento convincente para enviar a Pablo ante el César a quien había apelado. Festo, a pesar de todas las graves acusaciones que presentaron contra Pablo los judíos venidos de Jerusalén, no halla en Pablo ninguna causa digna de muerte. Por eso recurre al rey Agripa, para que, después de escuchar a Pablo, le proporcione algún argumento para hacer su informe a Augusto.

“Mi vida, pues, desde mi juventud, la cual desde el principio pasé en mi nación, en Jerusalén, la conocen todos los judíos... Conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo” (26:4).

Pablo ante el rey Agripa se presenta como lo que fue entre los judíos, un rígido fariseo, y “en cuanto a la justicia que es por la ley, irreprochable” (Filipenses 3:6). No podían decir de Pablo que había sido engañado por ignorancia, ni que era un hombre sin letras y del vulgo como habían dicho de los apóstoles Pedro y Juan (4:13). Este argumento no era válido en el caso de Pablo. Por su propia formación y su celo reli-

gioso, nunca hubiese aceptado ser cristiano. Y esto mismo nos hubiese pasado a tantos y tantos que hemos sido formados en la doctrina de la iglesia católica y hemos luchado con celo por su gloria y poder.

“Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el NOMBRE de JESÚS de Nazaret... encerré en cárceles a muchos de los santos... castigándolos en las sinagogas... los perseguí hasta en las ciudades extranjeras” (v. 9-11).

Como fiel fariseo, Pablo, actuaba conforme a lo que le habían enseñado, y era en extremo celoso de la doctrina que había recibido de sus maestros. Y a pesar de toda su formación religiosa recibida de sus maestros, más tarde reconoce que toda su actitud de odio contra los que creían en Jesús, “lo hizo por ignorancia e incredulidad” (1 Timoteo 1:13).

Esta actitud agresiva y contumaz de Pablo contra los creyentes en Cristo, sólo podía llamar fuertemente la atención de sus oyentes, pues ahora él mismo estaba ante un tribunal romano acusado por la misma causa, por la que él antes había perseguido a los que aceptaban: **“que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15).**

Muchos de sus discípulos y maestros lo acusaban de alta traición, como algo perverso y herético. Pero, qué podía hacer Pablo cuando rodeado por aquella intensa luz, alguien le pregunta: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Toda su furia, todos sus argumentos religiosos y doctrinales le hacen balbucear: “¿Quién eres Señor?: **Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (v. 15).**

¿Podía Pablo por ser fiel a su doctrina y sus maestros negar al que vive por los siglos de los siglos? Su celo religioso fue un tupido velo que le impedía ver la Luz: Cristo Jesús. No era una traición a su historia y a su doctrina, aceptar a Jesús como su Salvador, porque esta era la promesa que Dios había hecho a sus padres. ¿Cómo es posible que el propio celo y la formación religiosa te sumerjan en un pozo profundo de ignorancia e incredulidad que te apartan del Camino y de la Vida?

Esta también ha sido y aún es la historia de muchos que crecimos y nos formamos dentro de la iglesia católica. Es muy duro descubrir, como Pablo, que todo tu celo y todos tus esfuerzos iban en una dirección contraria a lo que era y es la voluntad de Dios. Pero al mismo tiempo descubre que la gracia infinita de Dios en nuestro Señor le ha sacado del pozo de ignorancia e incredulidad en el que le habían metido las doctrinas religiosas de los hombres que no estaban alumbradas por la Palabra de Dios.

La situación en la que Pablo se encontraba no era un producto de su iniciativa personal, ni él buscó en ningún momento romper con la doctrina que había recibido. El Señor le quiere, no como perseguidor de su iglesia sino como ministro y testigo de Su Evangelio. Así Pablo puede decir: “hermanos, el Evangelio anunciado por mí; ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11,12). Y todo esto es por gracia, lo cual Pablo reconoce con estas palabras: “Cuando agradó a Dios... que me llamó por su gracia, revelar a Su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles..” (Gálatas 1:15,16).

¿Qué había hecho Pablo para merecer este don? Absolutamente nada, antes bien se había hecho por su propio celo acérrimo enemigo de los que tenían el testimonio de

Jesucristo. Por eso Pablo durante toda su vida es un pregonero fiel de la gracia de Dios: “Por gracia sois salvos, por medio de la fe”.

“Librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la Luz, y de la potestad de satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (v. 18).

Pablo con toda sencillez expone ante el tribunal de Festo y el rey Agripa los motivos por los cuales se encontraba en el Camino que antes perseguía y aborrecía. Este cambio no estaba motivado, ni por el resentimiento ni mucho menos por el odio a la doctrina de los fariseos, sino por una total fidelidad a las Escrituras, “no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: que el Cristo había de padecer, y ser el primero en la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo(de Israel) y a los gentiles” (v. 22-23).

Pero la causa eficiente de ese cambio fue la misericordia de Dios, que quiso mostrar en Pablo toda su clemencia, “de que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándole en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). Pablo confiesa que no fue rebelde a la revelación de Dios, antes bien por todas partes anunció la buena nueva de Jesucristo. Esta es la única causa por la cual estaba preso.

Cuando Pablo recibe del Señor la misión de ir a los gentiles: “para que abras sus ojos”. Es algo que él entiende muy bien, ya que él mismo estaba ciego en el celo farisaico sin ver nada de las maravillas que el Señor hacía en sus conciudadanos. Ahora era un testigo viviente de la obra de Cristo en él por pura gracia para todos los que le veían. También Pablo puede comprender desde su propia experiencia, cuando el Señor le dice: “para que se conviertan de las tinieblas a la Luz, y de la potestad de satanás a Dios”. Él mismo había transitado ese camino de espesas tinieblas religiosas, hasta el punto de ser perseguidor de los que seguían la Luz del mundo: Cristo Jesús. Bajo la potestad de Dios no cabe el odio, la persecución, la discriminación o la infamia, porque Dios es AMOR, y el que ama es nacido de Dios; y todo el que practica el odio, la persecución, el maltrato físico o psíquico, la discriminación y la mentira está bajo la potestad de satanás.

El poder para salir de esa ceguera y de esas tinieblas en las que impera satanás, sólo lo recibimos por la fe que es en Cristo, y al mismo tiempo el perdón total de todos nuestros pecados “y la herencia entre los santificados” (v. 18).

En la mente de Pablo quedaron tan gravadas aquellas palabras del Señor Jesús: “para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados” (v. 18), que durante toda su vida pregonó a judíos y a gentiles, en todo tiempo y en todo lugar, ese recibir por la fe en Cristo el perdón de los pecados. El Señor Mismo deja fuera de toda duda la fuente y la causa del perdón de los pecados del hombre: “Por la fe que es en Mí”, dice el Señor. Y todo eso lo recibimos por la fe, nunca por merecimiento de nuestras obras. Así también comprenderemos porque Pablo, después de una vida llena de tribulaciones y persecuciones por la predicación de este mensaje, sólo diga al final de sus días: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, **he guardado la fe**” (2 Timoteo 4:7). En esa fe en Cristo estaba el perdón total y la herencia eterna.

PROFETAS DEL ECUMENISMO VIVO EN EL ESPÍRITU

HECHOS 27-28

“Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo” (v. 24).

Una vez que Pablo había apelado al tribunal de César en Roma, para librarse de las intrigas de las autoridades religiosas de su pueblo, llegó el momento de dar cumplimiento a ese derecho como ciudadano romano. Después de dos años de vivir preso en Cesarea, Pablo es conducido con otros presos bajo el mando del centurión Julio hacia Italia. El viaje de Cesarea a Italia estaría lleno de graves dificultades. Pablo iba acompañado de algunos creyentes, aunque sólo se nos da el nombre de Aristarco de Tesalónica. La primera escala que hace el barco es en Sidón, y a Pablo se le permite visitar a los creyentes que vivían en aquella ciudad.

Nos puede parecer incomprensible que un mensajero del Señor, como Pablo, sea puesto en tal cúmulo de dificultades para alcanzar la meta que le ha sido señalada por su Maestro. Pero en ese largo y dificultoso camino el Señor siempre provee de apoyo y de consuelo por medio de los hermanos, que en distintos lugares viven fielmente las promesas del Señor. En Sidón, Pablo pudo comprobar esa atención tributada en el amor del Señor por los hermanos en la fe.

A partir de aquí la travesía se haría más difícil y dura. Obligados por el viento a navegar, a resguardo de la costa de Asia, llegan a Mira. Allí encuentran un barco que está a punto de zarpar para Italia. Pero este barco nunca llegaría a Italia, porque una gran tempestad le aparta de su rumbo y se pierde en el mar.

“Y no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido todo esperanza de salvarnos” (v. 20).

A veces en la vida de los creyentes hay muchos días que no brilla el sol y las noches se hacen profundamente oscuras, y la tempestad que te acosa no para de rugir. Hasta que pierdes toda esperanza en tí mismo, y sólo miras al Señor que hizo el sol y las estrellas, y da aliento a todo ser viviente. En esos momentos el temor se clava en tu piel y te hace balbucear: ¡Señor mío y Dios mío! La respuesta del Señor no se hace esperar: ¡No temas!

Pablo y sus compañeros tuvieron necesidad de escuchar esas palabras de aliento, para mostrarles que Él, a pesar de la tempestad, no había cambiado sus planes con ellos.



Pablo se sentía propiedad del Señor y siervo del Señor, pero esta hermosa realidad no excluía de su vida las necesarias tribulaciones para probar su fe. Esta es una dura lección que unos y otros debemos tener presente todos los días de la vanidad de nuestra vida. Dios es sabio y nos ama, por eso nos guía en nuestro caminar con sabiduría y amor, aunque nuestro yo se estremezca de temor y desconfianza.

El Señor nunca va a dejar que seamos tentados más de lo que podamos resistir (1 Corintios 10:13).

“Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá” (v. 34).

Ya hacía catorce días que aquellas gentes estaban sin comer nada. El miedo y la angustia por salvar su propia vida, les hacía cómplices de su propia muerte. Esto mismo nos puede suceder a nosotros en nuestras tribulaciones diarias, si en vez de poner toda nuestra confianza en el Señor, nos dedicamos a preocuparnos por nuestra propia vida y angustiarnos por las circunstancias que nos rodean. No debemos olvidar nunca la firme promesa del Señor: “Y seréis aborrecidos de todos por causa de Mi Nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá” (Lucas 21:17-18).

No es una contradicción, el creer en Jesús y ser aborrecido, mas bien es una consecuencia de andar en luz y no en tinieblas. Sin embargo, hemos de tener una total confianza en la promesa del Señor: “Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá”. La mayor parte de las veces andamos sobrados de la letra de la Palabra, pero estamos faltos del Espíritu de esa Palabra de Dios, que nos garantiza siempre la fidelidad total de Sus promesas. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lucas 21:33). Pablo y sus compañeros lo pudieron comprobar en esa difícil travesía. El sol se ocultó, las estrellas no aparecieron y los vientos huracanados rompieron toda fórmula de navegación posible. Pero Dios había marcado el rumbo a Roma y allí llegarían, porque Su Palabra nadie la puede ocultar ni hacer desaparecer, ni viento huracanado que la pueda romper.

El Señor con sus vientos, incontrolados para el hombre, los llevó hasta una isla llamada Malta. El único rescate que el Señor les permite tener son sus propias vidas a todos los que viajaban en ese barco. El Señor conoce el corazón de cada hombre, y sabe, como el herrero, el calor que tiene que dar a ese hierro para moldearlo como Él quiere.

“En aquellos lugares había propiedades del hombre principal de la isla, llamado Publio, quien nos recibió y hospedó solícitamente tres días... el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre...; y entró Pablo a verle, y después de haber orado, le impuso las manos, y le sanó” (28:10).

Pablo y los suyos no se quejan de su naufragio, antes bien se sienten agradecidos porque el Señor ha previsto hospedaje para ellos entre aquellos isleños con no poca amabilidad. Pablo quiso colaborar alimentando el fuego que aquellos hombres habían encendido para que se calentasen. Pero entre las ramas secas se encontraba una víbora que mordió a Pablo. Eso fue un motivo de alarma para los nativos, quienes pensaron que Pablo era un hombre perverso y los dioses le castigaban con aquella serpiente. Los hechos no sucedieron según pensaban aquellos hombres sino de acuerdo a la Palabra de Dios. Y como suele suceder con la forma de pensar del hombre, al ver que Pablo no moría, “dijeron que era un dios”. Nada de esto hace cambiar la actitud del apóstol. Cuando el hombre principal de la isla les hospeda en casa durante tres días, Pablo se acerca al lecho del padre de este hombre, que estaba enfermo, y “después de haber orado, le impuso las manos, y le sanó”. La actitud de Pablo está en total concordancia con las palabras de su Maestro: “En cualquiera ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado el reino de Dios” (Lucas 10:8-9). Pablo al sanar al padre de Publio sólo está cumpliendo el mandato del Señor. Y lo mismo sucede cuando los otros enfermos de la isla son también sanados.

Tres meses tuvieron que pasar en la isla hasta que las condiciones de la navegación fueran buenas. Fue el tiempo que Pablo y los suyos tuvieron para anunciar el Evangelio de Jesucristo a sus hospedadores. Estos al embarcar de nuevo rumbo a Roma, les proveyeron de todas las cosas necesarias.

“Llegamos al segundo día a Puteoli, donde habiendo hallado hermanos, nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días, y luego fuimos a Roma” (v. 14).

Es la primera ciudad de Italia en la que Pablo encuentra hermanos en la fe. Estos no se avergüenzan de las cadenas de Pablo, antes bien le agasajan y le reciben en su seno como un fiel siervo del Señor. Durante siete días el Señor les permite disfrutar de esa comunión de los santos, para contar sus experiencias y vivencias en el Señor. Pablo sabía muy bien, cómo el Señor se identificaba con los creyentes de cualquier lugar. Aun recordaba cuando los perseguía y el Señor le preguntó: ¿Por qué me persigues? Ahora él era el encadenado y perseguido, pero los creyentes lo recibían en el Señor. Estos encuentros para Pablo son motivo de aliento y agradecimiento al Señor. Este mismo sentimiento le produce el encuentro con los hermanos de Roma que salen a su encuentro antes de llegar a la gran ciudad.

El Espíritu no necesita, ni normas ni personas especiales, para que en la iglesia de

Cristo se dé esta vivencia ecuménica entre los creyentes de distintas naciones y culturas. De esta fuente debíamos beber todos para **ser profetas del ecumenismo viviente del Espíritu**, y no vanos propagandistas de las coincidencias religiosas de los hombres.

“Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (v. 30-31).

Pablo ya estaba en Roma. Y se le permitió vivir en una casa a parte de los otros presos, pero con cadena y custodiado por un soldado. Esto mismo le dice a los judíos que había llamado para notificarle la causa de su prisión: “Porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena” (v. 20). Los judíos de Roma no son sabedores del proceso de Pablo, sólo quieren escuchar de Pablo lo que piensa de los llamados cristianos, “porque – dicen – de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella” (v. 22).

Este interés por informarse de los judíos romanos fue aprovechado por Pablo para anunciarles a Jesús como Salvador de Israel según la ley y los profetas. Algunos de ellos estaban de acuerdo, pero otros no creían lo que Pablo conforme a las Escrituras les anunciaba. Una vez más Pablo puede comprobar que lo anunciado por los profetas se sigue cumpliendo en su pueblo: “De oído oiréis, y no entenderéis”, para dejar paso a los gentiles.

Así Pablo les dice sin rodeos: “Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán” (v. 28).

Durante dos años estuvo Pablo preso en Roma. El Señor para dar testimonio de Su Evangelio en el mismo centro de poder del imperio romano, no utilizó a un gran personaje aristocrático, sino a un preso común, como era Pablo, para los romanos. Las autoridades romanas no se pudieron distraer con la grandiosa presencia de un gran personaje que les anunciaba una gran nueva. No, Pablo era un preso con cadenas, vestido como un preso humilde, y este era el portador de la Buena Nueva de Salvación para los poderosos de Roma. Pablo mismo escribía a los corintios: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, más no angustiados....” (2 Corintios 4:7).

Hoy nos quieren hacer ver que las cosas han cambiado, y por todas partes se levantan líderes religiosos llenos de poder social y humano que en nada se parecen: Ni al Maestro de quien hablan, ni a aquellos discípulos que enviaba el Maestro.

No hagamos caso de esos maestros que, a cambio de nuestro aplauso, nos muestran un camino de rosas al lado del bienestar y del poder.

Esto no es compatible con las palabras del Maestro que nos dice: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida la perderá” (Mateo 16:24).

